Horacio Ramos

Editorial Suburbio

Horacio ***Ramos*** *nació y vive en Avellaneda, provincia de Buenos Aires. Argentina. Su obra literaria se nutre de estos títulos:* ***"Poemas del amor militante"/ "Nuestro estilo de vida"*** *(cuentos)/****"Esta ciudad que amo"*** *(poemas y tangos)/* ***"Vidalinda de la Adela y el José"*** *(poemas)/****"Los pájaros de octubre"*** *(poemas y canciones. Faja de Honor de la SADE)/* ***"Serenata al sur del Riachuelo"*** *(poemas y canciones. Declarado de interés municipal.)/****"Antonio 'Cholo' García, un dirigente que siempre dio la cara"*** *(esbozo biográfico).*

Como periodista su labor en la actualidad se concentra en la edición de ***"Punto de Encuentro"*** *y en la conducción del programa radial del mismo nombre. Asimismo, es co-director de la revista de información y debate* ***"Tesis 11/Internacional"****.*

E
A
A
li
"
"
(a
a
"
J
o
F
"
(f
d
'c
s
b
C
a
e
E
d
n
d
d

HORACIO RAMOS

La memoria en la sangre

Editorial Suburbio

Este libro se editó con el apoyo económico del Fondo Nacional de las Artes.

Tapa y diseño gráfico:
DesignPress

Tapa:
Detalle de la obra "Manifestación"
de Antonio Berni

Prediseño:
Gustavo Robles

ISBN: 950-9371-17-3

Editorial Suburbio
Casilla de Correo Nº 14
1872 Sarandí (Bs.As.)
Argentina.

Impreso en Argentina.
Derechos reservados.
Hecho el Depósito de Ley.

Carta al lector

Uno tiene opciones, elige, va por los caminos oteando el origen del viento. Es responsablemente libre. Enceguese o no, enmudece o no, mira hacia atrás, hacia los costados o adelante.

Uno es una criatura multiforme, arcilla maleable, mutable, capaz de transformarse en mariposa al estímulo de un asombro, devenir agua en medio de un incendio.

Uno puede hacer como que vive o vivir como un oficio mágico y creativo. Despertar palomas entre las sábanas, acariciar blancas cabelleras, diseñar el futuro, pensar en construir evanescentes edificios, suntuosas utopías o sólo trabajar en algo útil.

Uno puede amurallarse con los afectos, las raíces o los sentimientos solidarios, ponerse una coraza de acero, aprovisionar el arsenal de ideas, pararse firme sobre las convicciones y salir airoso de las batallas.

Pero el sismógrafo humano no dibuja una línea recta, indoblegable. Tiembla, duda, se agita, sube y baja como una melodía inestable, nos acosa como a boxeadores exhaustos o nos vitaliza con sus desafíos y nos lleva entre "el amor y la conciencia".

Uno, como en estos textos Horacio Ramos, está decidido a protagonizar más que a observar, "ser" antes que parecer.

Asumir el compromiso de convivir, armar y desarmar mil veces el entramado social, tejerlo una y otra vez entre todos.

Por eso la apelación consciente a la historia personal, a las finas nervaduras que nos siguen nutriendo, a los rostros que pueblan nuestras células, a los estímulos para creer en la posibilidad de una mejor construcción de la sociedad.

Uno padece y el dolor es un grito o un llanto, dientes apretados o una imprecación. Uno no es un dios, es sólo un hombre que amasa el dolor como un pan amargo, pero pan al fin.

Por eso estas historias vividas tienen la sal y la temperatura de la propia sangre agitada y caliente. Por eso estas visiones desnudan la intimidad más entrañable, comprometida con el abrazo, el beso y la caricia.

Uno reniega de ese dedo manejador de vidas que, sin preaviso, nos levanta o nos aplasta. Somos parte de esa fuerza transformadora, porque el mundo no sería el mismo sin la partícula infinitesimal de nuestra existencia.

Uno es nostalgia. Modela el presente y piensa el futuro sólo con la mirada bien florecida.

Uno, al fin, "busca lleno de esperanzas..."

Antonio J. González
Editorial Suburbio

Entre el amor y la conciencia

Dos rasgos significativos que maduran de a poco. Ellos, indudablemente, definen el perfil de cada ser humano y lo ubican en esa compleja autopista que se extiende desde el primer vagido hasta el gélido abrazo de la muerte. Por eso uno se ha esforzado, en forma permanente, para que palabra y gesto, ambos salpicados de muchas brumas y algunos soles, estuvieran habitando aquellos dos sensibles refugios que, el título de esta página, le propone al lector.

Recuerdo que al desembarcar en el territorio de la cultura, traía como equipaje sólo el desparpajo sin lunares que suele nutrir a la edad del asombro. No obstante, de movida, me propuse lograr que pensamiento y acción estuvieran, siempre, humedecidos por el latir diáfano de la Utopía, esa hermosa insolente que trata de iluminar el horizonte de los hombres.

Este rescate de circunstancias históricas, rostros entrañables, así como imágenes conmovedoras de sencilla gente del pueblo, se halla entibiado por la reflexión aleccionadora de un gran argentino, Rodolfo Walsh: "**Un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo y en su país, es una**

contradicción andante, y el que comprendiendo no actúa, tendrá un lugar en la antología del llanto pero no en la historia viva de su tierra".

H.R.

"La memoria viva no nació para ancla. Tiene, más bien, vocación de catapulta. Quiere ser puerto de partida, no de llegada. Ella no reniega de la nostalgia, pero prefiere la esperanza, su peligro, su intemperie. Creyeron los griegos que la memoria es hermana del tiempo y de la mar, y no se equivocaron".

Eduardo Galeano

A Sarita, más que nunca.

A Luciana, por esa ternura que asoma en sus ojos.

A Lautaro y Gaspar, por demostrarnos que un patio con flores y plantas, puede convertirse en una aceptable cancha de fútbol.

A Álvaro, porque en la primavera del '93, se metió "de prepo" en nuestro amor.

La memoria en la sangre

Cuando intentaron matar los sueños

Las Fuerzas Armadas han asumido el control de la República. Quiera el país comprender el sentido profundo e inequívoco de esta actitud, para que la responsabilidad y el esfuerzo colectivo acompañen esta empresa que, persiguiendo el bien común, alcanzará con la ayuda de Dios, la plena recuperación nacional".

El día tenía casi un olor a mansedumbre aquel 24 de marzo de 1976. Despuntó como cualquier otro. En el diario "La Ciudad" de Avellaneda habían publicado"Otoñal", un poema concebido en la ochava más querendona de nuestra sangre. Para entonces, Roberto, un muchacho que tenía una ingenuidad que lastimaba, supuso que los movimientos militares de la madrugada romperían con los eufemismos: "A partir de ahora - se dijo - amigos de un lado y enemigos del otro". Pensó que no había lugar para inocentes. Mucho después, allá por los finales del '79, en su lenta agonía en la mesa de torturas, sádico destino para tanta bondad y tanta alegría, descubrió que los chacales no comen vidrio sino carne humana.

Fueron años de mordaza y terror. La muerte, envuelta en

su encaje raído, derramaba su saliva viscosa sobre el signo más virginal: la juventud. Viajera nocturna, asolaba el cielo de las casas arrojando a la hoguera los pájaros dormidos, cortándoles, una a una, las vértebras del sueño. ¿Dónde estabas, Patria, a la hora del martirio? ¿Quién cegó tus ojos en el instante mismo en que nos quedaron truncas las canciones, y la furia se dobló, exhausta, en el regazo de la calle? La lluvia, azul y fría, raigal, será la que empape de amor a los rostros mutilados. Y las llagas del odio no hilarán las cicatrices de la lástima, sino chispas rebeldes que habrán de contar la leyenda a los que llegan, una simbiosis inevitable de relámpago y herencia. Como un guijarro en el cristal de la alborada.

Uno piensa que el olvido, esa flor mustia que sólo habita en los camposantos, suele nutrirse del cansancio de los hombres que tienen el alma en cuclillas y el corazón alquilado por la escarcha. Pero para aquellos que pretendemos rescatarla y desempolvar sus arrugas para mantenerla lozana, la memoria será un sereno compromiso que, a pesar de los ultrajes, "obediencias debidas","puntos finales" e "indultos" que humillan, permitirá suponer que en este amado suelo, ya no habrá más sitio para iniquidades. La vida persistirá, abriéndose paso con cautela, en su afán de unir las soledades, derrumbando la niebla que, a veces, intenta obnubilar la lejanía.

¿Será así nuestro camino? ¿Es posible admitir algún amanecer con fragmentos de victoria? La esperanza es todavía una asignatura pendiente.

No obstante, aunque parezca extraño, el otoño puede vestirse de jazmines y quizá, nuestros pibes, continúen hechizando de rayuelas las antiguas veredas que salpican el barrio.

Un ángel sin cabellos

Los poetas, cuando transitan el sendero expectante de la vida y despiertan sus pulsaciones más emotivas, suelen convertirse en profetas de su tiempo. Pararse en medio de un poema, alzar la voz contra el cielo perverso de los dioses absurdos, revela no sólo la densidad de un compromiso, sino que, además, expresa una ardiente manera de vivir. El poeta, caminante del alba, trata de saciar la sed con el gemido del cántaro, mientras descansan en la oquedad de sus alforjas, el celo y la indulgencia. **Julio Bruno** fue un juglar sin tapujos, diáfano, sobre todo a la hora de impugnar la perfidia de los obsecuentes.

Sarandí es un insólito barrio de guitarra y canto, donde en la cruz de cualquier esquina, uno puede tropezar con un pintor de raza o un músico de talento. Allí nació el poeta. Creció en sus baldíos y una "de gajos", bien engrasada, pobló sus tardes de "wing" izquierdo en un club levantado por el sudor de muchos obreros:"**Esperanza**".

Nunca supo administrar la amistad, no servía para darla en cuentagotas. Le gustaba sentarse a charlar estirando los minutos. Sabía meterse como nadie en el costado flaco del ami-

go, allí donde la confidencia explota como una necesidad agobiante. Entonces, se encendía su lenguaje macizo, corto, incisivo como un escalpelo. Pero curaba. En frías madrugadas, era un asiduo visitante de las cocinas de madera y chapa, parroquiano impasible de los boliches sin nombre, sitios donde la hombría se tutea con la actitud fraternal hacia el semejante en retirada.

Un día, pantalones largos recién inaugurados, traspuso la orilla y se deslizó por el hollín de la ciudad. Lo abrumaba el olor de la nafta quemada, el ruido insolente, el paso febril. Su sencilla algarabía de muchacho, taconeando baldosas y con los ojos fascinados, explora el asfalto sin apuro, hasta que descorrió el velo del amor y trepando por su piel, plantó en su mujer el calor de sus dedos, la tierna ansiedad de su juventud.

Sus manos tenían la nobleza del árbol. Eran como él, sin vueltas. Como paletas, se elevaba por ellas el arco iris de su oficio. Apreciaba a las paredes, las que supo iluminar con la verdad de sus consignas. Gozaba viendo los murales de Siqueiros; por eso se emocionó tanto aquella mañana, en el antiguo taller de Castagnino, igual que un alumno deslumbrado ante la calidez de su maestro. Deseaba que su trabajo fuera no aquél al que estaba obligado por la dura pobreza, sino una fragua de colores, donde los hombres se vieran reflejados como frente a un espejo. Sin velos ni reservas.

Enhebró su actitud, su conducta, con paciencia de

"laburante", protegido por el valor insobornable de su clase, que ostentaba con orgullo. La transparencia de sus ideas le brotaba por intuición y, con perseverancia, las dispersó en el viento. Maduró en el mitin de urgencia y la reunión a media voz, a pesar de que hubiera enlazado la luz para alumbrar los sueños de todos. Y de ese modo lograr la derrota de las sombras.

"Su producción literaria se integra con poemas, cuentos, relatos y apuntes, algunos de ellos elaborados para su publicación conjunta y muchos inéditos. Unas pocas poesías conocieron en 1964, por primera vez, su estampa en letras de molde. El Consejo del Escritor seleccionó entonces sus obras, junto a otros poetas locales, y las publicó bajo el título ***'Cinco Poetas de Avellaneda'****. Poeta de raigambre popular, sus poemas son escuchados en recitales y actos en instituciones vecinales y barriales. En 1969, participa en la fundación del* ***Centro de Cultura Popular de Avellaneda*** *y en la edición de la revista* ***'Suburbio'****. Algunos de sus cuentos integraron el libro* ***'Nuestro Estilo de Vida'****, editado junto a sus compañeros "suburbanos". Mientras regresaba en colectivo de su trabajo cotidiano, a los 39 años de edad, fallece. En esos días toda su humana creatividad se concentraba en la preparación de una obra de teatro:* ***'Javier y las palomas'****. Era el jueves 6 de Octubre de 1972. Ayer". (****Suburbio/N° 6****).*

En la calle. Porque él era de la calle. Rodeado de trabajadores y estudiantes, a quienes tanto amaba y cantó en sus obras. Cuando cayó, la primavera pronunció campanas en la

copa de los álamos, anunciando el vuelo de un pájaro pequeño y de rostro curtido por mil soles. Desde ese instante, lo creemos ausente con aviso. Porque es seguro que Julio debe estar acodado en un estaño,"chamuyando lungo" con Neruda, Gardel y el bueno de Tuñón. Tipos con entrañas, hermanos de su sangre.

Canción para Julio Bruno

Te veo gambetear "sapitos" por tu calle
y sobrando de costado a las veredas.
Un poema que se duerme en el bolsillo,
con la caja de pintor y tu inocencia.

¿Dónde encuentro el canyengue de tus tangos
que entibiaba la bronca y los silencios?
Una tarde de sol volveré por "La Salada"
para jugar con tu sombra en el potrero.

¿Qué ochava sin luna habita tu alma?
¿En qué viejo estaño te laten ginebras?
Cuando un día de éstos me vaya a barajas,
con Tuñón del hombro, bancame la espera.

¡Si pudiera tenerte aquí, a mi lado!
Caminar con Ortiz y el Flaco Antonio,
hablando de los hijos y la Revolución,

o de un amor crecido en el otoño.

Tu ternura se agita en las esquinas
y el barrio de a poco se estremece.
Se habrá de alzar con vos una mañana,
el grito en alto y la esperanza al frente.

Música: Esteban Tozzi

Palomas en la plaza

Aunque casi no habían almorzado, el café a esa hora de la tarde, cerca de las tres, los ayudaba a soportar lo tedioso de esos momentos. También a despabilarlos.

Es el lapso en que los votantes, como cada domingo de sus vidas, están de sobremesa o comenzando a recogerse en la siesta que exige la modorra. Y ese 18 de diciembre de 1988, día en que la Izquierda Unida realizaba su "interna", no debía cambiar los hábitos de la gente. No obstante, cuando la joven fiscal del comicio requirió a voz en cuello que se permitiera ejercer su derecho a una ciudadana con pequeños problemas en su documento, los gritos conmocionaron a la antigua escuela de Avellaneda. -"O ella vota, o aquí no vota nadie más"- vociferó. Por cierto, su actitud se deslizaba por los arrabales de la convivencia democrática, según razonaban los presentes, pero al aclarar el porqué de su enojo, todos comprendieron. Y aquella muchacha pudo votar con el beneplácito colectivo, libremente, acompañada entonces por la solidaria alegría de los que allí estaban. No era para menos. Se llamaba (se llama) Cecilia Devincenti, condiscípula de la apasionada fiscal, pero además y por encima de esa relación, hija de Azucena Villaflor, la primera presidenta de las "Madres de Plaza

de Mayo", secuestrada por la dictadura y, como su hijo, también desaparecida. Por supuesto, esto último, obra de la demoníaca infiltración de Gustavo Niño (a) Capitán Alfredo Astiz, el "valiente" marino que se entregó a los ingleses sin pelear.

Más allá de las lágrimas, más aquí de la ternura, emociona rescatar el nombre y las ilusiones de Azucena, proyectadas hoy en esas viejas tan queridas que, todos los jueves, se empeñan en demostrarnos que nada está perdido y que aún la mañana está por verse.

Estas mujeres, símbolos auténticos de la dignidad de los argentinos, nos han enseñado a lo largo de esos años ruines que tuvimos que soportar, que nadie tiene prerrogativas para lacerar el horizonte de otro y que a la existencia humana, tenemos el deber sagrado de protegerla con la sangre en vilo y el alma como bandera.

Cuando las palomas picotean las migajas en el suelo de la Plaza de Mayo y las Madres rondan a su alrededor tomadas del brazo, hasta en el aire se percibe que, pese a todo, la Utopía es un sueño realizable.

Pascual

Si va por Sarandí,
pregunte por Pascual.
Es parte del paisaje.

1910, Centenario de la Patria. El liberalismo oligárquico había impreso una dinámica inédita al país, cimentada en la notable modernización construida a través de factores diversos: una inmigración que duplicó la población en sólo veinte años, 3.956.060 en 1895 y 7.888.000 en 1914; exportaciones que se incrementaron en más de diez veces; una red ferroviaria que, en 1880, apenas si alcanzaba a 2.315 kilómetros y que luego se fue extendiendo desde Buenos Aires, hacia el resto del territorio. Una tasa de analfabetos que bajó del 77,9 % en 1869, al 35 % en 1914. Además, en 1913, se inauguraría el primer subterráneo de América Latina, con el ramal comprendido entre Plaza de Mayo y Once. La ciudad-puerto era testigo veraz de una Nación que se iba transformando en líder de este continente mestizo. Sin duda, para los patrones de vacas y hectáreas, en la Argentina corrían "días de vino y rosas".

Asistían invitados especiales al festejo de mayo, tales como Georges Clemenceau, Anatole France, Vicente Blasco Ibañez, Jacinto Benavente. La Infanta Isabel de España tuvo un recibimiento apoteótico. Con el presidente José Figueroa Alcorta

del brazo, paseó por la Avenida de Mayo y pudo saborear el clásico "asado con cuero" en una estancia bonaerense. En el "granero del mundo", la oligarquía "con olor a bosta" como la estigmatizara Sarmiento, recibía fastuosamente en sus palacios de la Avenida Alvear, mientras al ritmo del **one-step**, sus herederos lucían, con desparpajo, precoces dotes de bailarines que tanto entusiasmaban a las abuelas. Asimismo, al tiempo que los más chicos disfrutaban leyendo en "Caras y Caretas" las aventuras de "Viruta y Chicharrón" y la revista "El Hogar" acogía relatos protagonizados por los delirios del "Negro Raúl", bufón de los "niños bien", las parejas esbozaban sonrisas cómplices en la platea del "Teatro Argentino", con las "morcillas" picantes del cómico Florencio Parravicini.

Andrés Cepeda, José Betinotti y Martín Castro, eran algunos de los payadores que andaban por los pueblos del interior "haciendo noche" en los boliches de luz vacilante, o por los tugurios de los arrabales suburbanos, en los que las guitarras de austeros sonidos, se entrelazaban con el aire contestatario de sus canciones anarquistas. Uno de ellos, Luis Acosta García, entonaba una décima que más parecía una pedrada:"Lleno de pena y de rabia, / patria desagradecida, / dejo esta queja esculpida / sobre el pendón de tu savia. / Tu falso progreso agravia / mi libertad de varón / yo que por tu pabellón / sentí sobre pecho y lomo / ¡los latigazos del plomo/ de la civilización!". Por entonces, bajando por Corrientes angosta, al llegar al Abasto saludaban los bodegones de tinto "patero", sofocados por el humo de un "Vuelta Abajo" y donde los roncos gritos de los peones del mercado se llama-

ban a silencio, cuando se escuchaba la voz cautivante de un gordito retacón a quien le decían "El Morocho", pero que un día decidió bautizarse, para siempre, Carlos Gardel.

Los muchachos de apellidos patricios que sostenían amantes de estilo en "garsoniere" de lujo, se mezclaban con el malevaje en las glorietas de Hansen en Palermo, y los adultos, gastaban sus horas en el Jockey Club o en el Círculo de Armas, practicando esgrima en la pedana o copando el desafío intrigante que domina en el tapete verde del bacará. Por supuesto, Mar del Plata estaba de moda, aunque las sierras cordobesas no le iban en zaga; de tono similar, el hotel "Las Delicias" en Adrogué y el "Tigre Hotel" en las márgenes del río Luján, constituían lugares para reuniones elegantes. Pero París (¡Oh, París!, según los suspiros de las matronas), seducía más que nada. Las damas de la **"belle époque"** que frecuentaban "Harrods" a la hora del té, discurrían ansiosas en las mesas sobre los periplos familiares en los cómodos transatlánticos, porque en ellos se podía incluir mucama, niñera y cocinero. Al recalar en la lejana Europa, distribuían sus ocios entre las tertulias distinguidas y las compras en exclusivas "maisons", ocupaciones que las preocupaban más que las habituales escapadas de sus maridos, "tirando manteca al techo" en las noches voluptuosas de la hermosa ciudad custodiada por el Sena.

Pero había otros rasgos que se compadecían más con la realidad. La Confederación Obrera Regional Argentina (CORA), dispuso una huelga general:"La única celebración

que podemos hacer en las fiestas centenarias, es que ellas sean motivo para que se consagre la conquista de una libertad". El gobierno respondió con extrema dureza, imponiendo el Estado de Sitio. Los ataques a los periódicos obreros estuvieron a la orden del día y las patotas de "señoritos", saquearon las oficinas de "La Vanguardia", órgano del Partido Socialista, y prendieron fuego al local de "La Protesta", asolando con sus despiadados pogroms a los habitantes del Once, donde se concentraba, mayoritariamente, la colectividad judía. La exigencia de la derogación de la Ley de Residencia (expulsión de los sindicalistas de origen extranjero) y el retorno de los exiliados, fue una de las reivindicaciones más sentidas que requerían los trabajadores. Un país que se desarrollaba al compás de su riqueza agropecuaria, iba elaborando un rasgo social definido: en la cúspide, una minoría selecta exultante con la efemérides; abajo, la generalidad de los argentinos y extranjeros acosados por la miseria y la represión, eran marginados del bienestar que emergía de este suelo que ellos regaron como nadie. A pura lágrima.

El sur de la urbe, con sus casas solariegas de parral y aljibe, desde 1871, año en que se detectó la epidemia de fiebre amarilla, ya no aloja a la aristocracia criolla, porque ésta huyó de la enfermedad y se marchó a residir en la zona norte. Esto produjo un verdadero corte en la historia de Buenos Aires. El abandono edilicio permitió la proliferación de los inquilinatos, en los que la mugre y el hacinamiento, cobijaban a los inmigrantes que arribaron a estas playas con el propósito de "hacer la América". Ese fue el prólogo de un destino amargo,

cruel: la ratonera del conventillo.

Por el borde oriental de Buenos Aires, un turbio brazo del río de Solís penetra en las viviendas, modelando un puerto sucio y el amplio portal que compone la"Vuelta de Rocha". Los sonidos, olores y ademanes de sus moradores conforman de a poco el color "xeneize" del barrio. La Boca. Con sus muelles, almacenes navales y astilleros, respira de cara al estuario, con los vientos que cruzan su rudo semblante marinero. Barrio de artistas, retratado con vigor por Victorica, Lacámera y Alfredo Lazari. Pero su pintor es Benito Quinquela Martín, el pibe que repartía carbón de puerta en puerta, el que solía ganarse el jornal descargando bolsas de los barcos mercantes. Leal al barrio, más allá de consideraciones estéticas, paseó la fisonomía del mismo por todos los rincones, porque La Boca iba con él.

Madera y cinc en paredes y techo. De altos, para amortiguar las subidas del Riachuelo. Pintoresquismo para los circunstanciales visitantes; padecimiento para quienes sufren en sus piezas y cocinas, surcadas por goteras del tamaño de la opresión. Barrio de proletarios y tanos de sangre "garibaldina", luchadores, pese a los avatares de la existencia. Fondines que ayudaban a mitigar la nostalgia por "il paese", en los que se compartía con los paisanos risas, canzonettas y el milagro del "bon vin". Hasta allí llegaban las serenatas galantes de Juan de Dios Filiberto y su pequeño armonio, en el inicio de su exitosa carrera, desgranando un valsecito criollo o una de aquellas milongas de "hacha y tiza". Estos mismos gringos,

en busca de una sociedad mejor, eligieron por la circunscripción cuarta, "la de fierro" como la conocían, al primer diputado socialista de América: Alfredo Palacios. De sombrero aludo, bigote "manubrio" y poncho sobre el hombro, recorría el barrio del brazo de un amigo, Alfredo Anselmi, quien traducía sus discursos al genovés.

Suárez y Necochea, encrucijada del pecado. Allí estaba el Café "Royal", atendido por camareras, y cerca,"La Marina", donde compadreaba el "fueye" de Genaro Expósito (el Tano Genaro) con su trío y en el que, alguna vez, se entreveró la pinta brava de Eduardo Arolas.

Pinzón y Gaboto, calles de los prostíbulos, propiedad de la siniestra Zwi Migdal y regenteados por proxenetas veteranos, al igual que los dos mil lupanares desparramados por la República. Miles de jóvenes sumergidas en la charca del oprobio, víctimas del comercio más vil y, además, soportando la tutela denigrante de las madamas y el acoso despiadado de los rufianes, símbolos primarios de una organización al servicio de la infamia.

No obstante, La Boca también era el"Teatro Verdi" de la calle Almirante Brown, en el que uno podía regodearse con la majestuosidad de una representación operística o participar en otras oportunidades, de las tumultuosas asambleas de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), que tenía su biblioteca en Hernandarias y Coronel Salvadores desde principios de siglo. En las venas humildes del barrio nacieron

gremios como el Sindicato de Conductores de Carros, la Liga Naval, los Aserradores, los Caldereros y Metalúrgicos. Eclipses y fulgores, al costado del Riachuelo, esencia de un coto genovés azul y oro que se obstinó en madurar, a golpes de sudor, la venerable estrella de su esperanza.

Para acompañar el mate tempranero, era un rito leer con parsimonia "La Nación" de los Mitre o "La Prensa" de Gainza Paz, pero la información nerviosa, "al toque", venía de las ediciones "quinta y sexta" de "La Razón", el diario fundado por Emilio Morales. En sus páginas, uno estaba en condiciones de enterarse del incendio que destruyó totalmente la conocida tienda "A la ciudad de Londres", de Avenida de Mayo y Perú o descubrir que en Milán, moría tuberculoso Florencio Sánchez, el autor de"M'hijo el dotor". En medio de la indiferencia de un periodismo absorbido por los festejos patrios, en abril se realizaron comicios: Roque Sáenz Peña, hijo de una oligarquía decadente, corrupta y violenta, era nominado Presidente de la Nación. Pese al origen autocrático de su elección, incluido el Estado de Sitio, la promesa de reformar la Ley Electoral que formulara en la campaña y por el cual se determinaría consagrar el voto universal, secreto y obligatorio, posibilitó que años más tarde, los ciudadanos argentinos eligieran a sus representantes por primera vez. No podía ser de otra manera. Hipólito Yrigoyen, altivo y convocante, era ya un paradigma de la democracia que venía marchando. Este radical intransigente, imperturbable, dirigía sus pasos hacia la Casa Rosada.

En la Argentina centenaria y precisamente en La Boca, en medio del intrincado peregrinar de una Patria que iba gestando su identidad nacional, con el aporte de oriundos y hombres provenientes de las catacumbas externas menos imaginables, el 13 de agosto nació **Pascual Romano** en un hogar modesto, donde el zumbido del trabajo, coincidía con el canto vigoroso de la aurora.

"La comparsa en la que yo 'salía' se llamaba 'Juventud Boquense' y vestíamos camisa azul con puños amarillos, los colores del barrio... Tocaba el tambor en medio de ciento cincuenta murguistas. Apenas era un adolescente... Un día, el 3 de marzo de 1920, empecé a trabajar en la fábrica 'Canale'. Tenía nueve años, una criatura... Pero la necesidad tiene cara de hereje. Y me la rebusqué de manera increíble. Porque ingresé con una libreta falsa, extendida a nombre de Antonio Fortunato, que me hacía de mayor edad. Recién en 1924, cuando pasé a la sección Litografía, fui con mi verdadera identidad. Conmigo trabajaba un muchacho tres años mayor que yo: Miguel Bonano, que luego fue un músico extraordinario y viajó por el mundo, siendo autor de 'La Novena', entre otros temas. Hoy tiene noventa años y siempre nos comunicamos por teléfono. De esa empresa me echaron en 1928, porque resolvimos una huelga en homenaje a la memoria de Sacco y Vanzetti. Ya vivía en Sarandí".

En 1925 Sarandí se expandía en el cuadro de una Avellaneda pujante. Talleres, curtiembres, la fábrica de fósforos "Mantero

y Balza", "La Sulfúrica" y corralones de materiales de construcción, como los de Parodi y "Lombardi y Grondona". Instituciones de bien público amanecían por las calles de barro o empedrado: Sociedades de Fomento, Bomberos Voluntarios, Sportivo Sarandí. Asimismo, labraban su tránsito que sería corto o largo según los casos, el "Bar de Fogo" en Supisiche y Avenida Mitre, la panadería de Traverso, la farmacia de De la Cuesta y cines como el "Ideal" o "Planet". Para subrayar la estirpe popular de Sarandí, el arroyo era un tajo que atravesaba la frente del barrio.

"Allá por el '27 se produjo mi incorporación a los Bomberos como cadete, del cual egresé como Jefe del Cuerpo, el más joven del país porque lo fui a los veinticuatro años. Todavía conservo, desde hace sesenta y tres años, la medalla que me otorgaron los Bomberos de La Boca al cumplir ellos las Bodas de Oro. Nuestra agrupación desfiló, igual que otras, en ese acto tan emotivo. Y ahí están esos hermanos, en la calle Brandsen, desde 1884..."

El 18 de julio de 1936, las tropas españolas en Marruecos al mando de Francisco Franco, se sublevan contra el gobierno de la República. Al mes, el 19 de agosto, en Granada, es fusilado el poeta Federico García Lorca. Los argentinos toman partido de inmediato; en su enorme mayoría, por los leales. Las organizaciones políticas y sindicales, los trabajadores, los artistas e intelectuales, despliegan una ímproba tarea de colaboración que puso de manifiesto la raíz fraternal que late en nuestro pueblo. Solamente los dueños del poder, be-

neficiados por el régimen castrador que imperaba en la Década Infame, fascistas de dudosa calaña que deseaban una política similar a la del Eje y que ahora postulaba el falangismo, se complotaron en favor de los rebeldes. No sumaban muchos pero eran muy poderosos. Cuando el 27 de abril de 1939 las divisiones franquistas entraron triunfantes en Madrid, un dolor profundo, inenarrable, se sintió en las vísceras de nuestra gente. Las legiones de Mussolini y la aviación de Hitler, coaligadas con Franco, habían derrotado el anhelo de construir una España democrática. De ese modo, en el preludio de la Segunda Guerra Mundial, la sangre derramada por los republicanos era como un badajo crepitante para millones de seres humanos, a los que anunciaba el advenimiento de una oscura época de miseria, desolación y muerte.

"Mi suegro tenía un conjunto de gaitas: 'Los Naviegos'. Con él descubrí muchas cosas, metiéndome de cabeza en el Comité de Ayuda a España, porque su drama había calado hondo en la juventud de mi tiempo. Después, cuando cae la República, tomé parte en la Junta de la Victoria, formada para ayudar a los aliados en el combate contra el fascismo. Teníamos una filial en Sarandí. Asimismo, creamos el Centro Cultural 'José Ingenieros' el 1° de enero de 1940, del que fui elegido presidente. Daba gusto ver cómo los vecinos nos recibían; al mes y medio, aproximadamente, ya teníamos 350 socios. Ahí no acaba el asunto. Una noche, al salir del Centro, en medio del trabajo por la guerra, mi amigo Martín García me propuso afiliarme al Partido Comunista. No lo pensé demasiado y le

dije que aceptaba. Y ahí estoy".

Era la Avellaneda de los frigoríficos, en la que miles de obreros recorrían a diario el puente viejo en busca de la arcada de"La Negra".

"Allí trabajé alrededor de quince años. Fui electo para la Comisión Paritaria y conduje la asamblea que unificó en un solo sindicato a obreros y empleados. Realmente, un hecho histórico".

Pero es en la tarea fomentista donde encuentra su vocación de entrega a los demás, esa congénita actitud de sentir al prójimo, más allá de la piel. **"Comencé en la comisión de Obras de la Sociedad de Fomento y Cultura 'Domingo F. Sarmiento', de la que mi viejo había sido fundador. Ya estábamos en el '58. Luego asumo la conducción de la entidad, cargo que ejercí por casi dieciocho años. Además, constituimos la Federación de Sociedades de Fomento que dirigí durante dos décadas. No puedo olvidar la lucha por 'No pague la luz' en el '59; fue uno de los movimientos vecinales que conmovió íntimamente a la ciudad. En la Plaza Alsina realizamos un acto que convocó a miles de avellanedenses".**

El '70. Prácticamente, la década anterior había terminado en brazos del "Cordobazo" en 1969, donde Agustín Tosco se había convertido en la imagen ejemplar de un dirigente obrero fiel a la clase que representaba. Terminaba así el '60, esos años de pasión creadora de una juventud que suponía, con

rasgos de ingenuidad y razón, que"a la vuelta de la esquina", aguardaba la nueva sociedad, hecha a la medida de su esperanza. No fue de ese modo. Comienza un tiempo que marcaría a fuego, sangre y desapariciones, un extenso tramo de nuestra historia. En esos días, cuando las pizarras de los Bancos indican que el dólar oficial se consigue por cuatro pesos ley, veintitrés millones de habitantes se enteran que, en soledad, tres comandantes seleccionan al general Roberto Marcelo Levingston, presidente de la República. La dictadura piensa en consolidarse. Sin embargo, cuando Serrat canta "Tu nombre me sabe a hierba", las formaciones guerrilleras tienen en jaque al gobierno militar. En ese entonces, los maridos del país, se conforman con cenar pizza los martes por la noche, porque "Rolando Rivas, taxista" copa el corazón de sus mujeres. En "La Paz", café de intelectuales de "barba y pipa", se pasa revista a cuanta táctica se conoce para enfrentar a "estos milicos", reflexionando sobre las "contradicciones" del sistema y elaborando teorías sobre el significado de la consigna "Liberación o Dependencia". Era frecuente que asomara por la puerta algún émulo de Freud, mientras se desgranaban sobre las mesas de trasnoche, entre ginebra y café, la importancia del sexo y la plusvalía, el "Diario del Che" y la alegría de saber que "hoy, 25 de mayo del '73, empieza la cosa". "Cámpora al gobierno, Perón al poder", ya es un hecho, y un insólito y joven ministro del Interior, Esteban Righi, ordena a la policía terminar con la violencia. Cuarenta y nueve días duró la presidencia de "El Tío" y el 13 de julio tuvo que renunciar, porque ya lo habían usado. Otra vez la oscuridad. Perón, electo, llega con Isabelita y López Rega, y el destino

adopta otro andarivel. "Estoy descarnado, estoy amortizado, soy un viejo león herbívoro", clama el Líder. Es verdad, octogenario y enfermo, a su muerte lo reemplaza su esposa, Isabel Martínez. La Argentina a punto de colapsar, los militares carcomiéndole las entrañas y una dirigencia sin rumbo ni respuestas. El trágico final se avizora. Un exterminio astutamente preparado por monstruos de uniforme, se pondría en práctica con horrorosa exactitud.

"Se había formado una tercera fuerza: la Alianza Popular Revolucionaria, liderada por Oscar Alende y Horacio Sueldo. Fui electo Concejal en Avellaneda. Ahora, a la distancia, comprendo que era una mosquita en el minibloque, pero intenté trabajar con mayor ahínco. Propuse, entre otros temas, aplicar el Plan Regulador de Avellaneda, surgido de cinco congresos urbanísticos. El ingeniero Juan A. Briano y un equipo de excelentes profesionales, habían concebido esta idea que transformaría a la ciudad en otra más moderna, distinta, acorde a los tiempos. Tuve que pelear duro en el Concejo Deliberante. Me daba cuenta de los obstáculos que se ponían en el camino del progreso real, no ficticio. Uno advierte ahí el significado que tienen los términos izquierda y derecha. Hay actitudes de vida distintas, sobre todo cuando se trata de las necesidades populares. Para colmo, se quiebra la legalidad constitucional con el golpe del '76. Otra vuelta de página".

Cualquier observador se formularía un cúmulo de

interrogantes: ¿De dónde nace este frenesí por aportar lo suyo al patrimonio de los hombres? ¿Vale? ¿ Sí o no? ¿Mirar para adelante sin hacerlo hacia atrás nunca? ¿Cómo se nutre el presente? ¿Se lanza al futuro, admitiendo lo sustancial y positivo del pasado ? Este hombre, pobre en bienes materiales y rico en sueños, a quien todos en Avellaneda siguen llamando por su nombre de pila, nos obliga a repensar la condición humana y a meditar sobre la indispensable decisión de ir delineando una manera de ser, con autenticidad y transparencia. Es decir, estructurar nuestro viaje por este complejo universo, portando en la talega el tesoro inviolable de los principios más sólidos, de los cuales **la ética y la solidaridad** , tienen que convertirse en banderas sin mácula, imposibles de enajenar. Así lo entendió Pascual. Y él, a quien tanto regocija entonar los tangos "de antes", se da el lujo de ofrecernos para nuestro deleite, el más atrapante de su repertorio: su propia vida.

En busca del horizonte perdido

Alguna vez el viejo Hegel, el lúcido filósofo alemán que enunciara las leyes fundamentales de la dialéctica, señaló que la historia se va forjando por obra y gracia de"santos y pecadores". Es decir, con aquellos hombres que la crean sin mezquindades y, además, con los que la aprovechan para sus ocultos intereses. Un Juez de Paz en la desolada provincia de Buenos Aires del siglo XIX, impuesto en su cargo por la fuerza del poder de turno, fue un testaferro más de sus padrinos. Pionero del fraude, les garantizaba a sus mandantes el triunfo seguro en las amañadas elecciones de la aldea. Pero en 1852, después de Caseros, Rosas ya era una sombra cobijada por los ingleses. Ahora, Martín José de la Serna, había regresado del exilio y dos de sus amigos, Vicente López y Planes y Valentín Alsina, eran gobernador y ministro de gobierno, respectivamente. Ni lerdo ni perezoso, logró que el 7 de abril se le amputaran tres cuarteles a Quilmes y con ellos formó el nuevo Partido de Barracas al Sud. Nunca sabría don Martín que, cien años después, uno de sus descendientes se convertiría en el argentino más famoso con el nombre de Ernesto Guevara de la Serna, el Che. Pero tampoco podría imaginar que la villa de sólo cinco mil habi-

tantes, vería multiplicar su población, la que fundaría industrias y comercios, sembrando decenas de escuelas, sindicatos e iglesias. De ese modo, en un suelo humedecido por el trajín de varias generaciones, una ciudad progresaría, sin pausa, en la orilla sur del Riachuelo.

Otoño del '97. La noche es un silencio compartido con mi mujer que, desconcertada, comenta el cierre de la "Casa Beige", de Avenida Mitre y Piaggio, en Avellaneda. Ocurre que tanto ella como yo recordamos, aún, los guardapolvos de nuestra infancia, comprados en la antigua tienda. ¿Otro "cacho" de Avellaneda que se derrumba? ¿ Es una forma de borrar el pasado? Ya se fueron los frigoríficos, las fábricas de fósforos, la textil Masllorens, las metalúrgicas Tamet y Gurmendi, los grandes talleres y comercios. Con ellos se marchó el trabajo, misionero laico que ungía el pan sobre cada mesa. Por eso no sorprende que un panorama desbordado por material descartable y shoppings sin arraigo, paraísos de la flexibilización laboral, nos vaya envolviendo. ¿Derrota de la industria? ¿Sin retorno? ¿Dónde terminan los seres humanos y comienza el plástico? ¿Es éste el fin de siglo que habíamos previsto? ¿Quién arrió las banderas?

Fue por otras razones que tomé el libro de la biblioteca, pero una frase de Alejandro Korn llamó mi atención con sólo leerla: "Hay momentos en que se padece la angustia del rumbo". La democracia, muchacha esquiva pero querible, debe internalizar la necesidad del disenso y admitir, con franqueza, el abordaje de los problemas más acuciantes. Sin apresu-

ramientos ni tardanzas, y a medida que sepamos encontrar el equilibrado vértice de las coincidencias. La tempestuosa senda que estamos recorriendo hacia el tercer milenio, surcada de intrigas y barrancos tenebrosos, exige de nosotros la actitud pulcra, el ademán fraterno, la mirada tolerante. Por más que los fundamentalistas de esta época, ya sean los ideológicos que no aceptan al diferente o aquellos que consagran sus ruegos al dios mercado, procuren desmantelar la luz que nutre la semilla. Porque para honrar a quienes nos antecedieron y a los que habrán de sucedernos, tendremos que conjeturar un espacio cálido y plural, dúctil para fantasear, sin temores, con la osadía del sol brincando entre los ojos. Y en el que también podremos, un día cualquiera, morir con dignidad.

Del amor y otras verdades

Hogares "La Paz", Navidad de 1991

Querido hermano:

En la primera Navidad, los poderosos de entonces no se alegraron, sino que tomaron las medidas para evitar cualquier otro foco de poder que no dominaran. En el mismo lugar donde hoy recordamos, con mucho folclore, el nacimiento de Jesús, mataron a todos los otros niños. Hoy celebramos esta fiesta con los típicos valores de una sociedad que, cada día, se aleja de aquel contenido que nada tiene que ver con la solidaridad, el amor maduro y comprometido... Tipos como vos me hacen volver a esos valores escondidos detrás de tanto ruido y mentiras. Ayer mismo comentaba con la gente que viene a la iglesia que, las mejores mesas que se han puesto para estas navidades, seguramente son las de aquellos que han estafado, mentido y hasta matado. A vos, amigo y compañero, tengo que agradecerte que me ayudés a no perder nunca el sentido de un signo: el de la vida. Por eso, en esta Navidad, te digo gracias y no olvidés nunca que aquí tenés tu casa y tus amigos. Te dejo algo muy importante

para nosotros: La agenda de los 500 años. Es una idea y producción de estos pibes que hoy saben quiénes son y adónde quieren ir.

Un fuerte abrazo.

Eliseo

Al releer la carta dormida en el fondo del cajón del escritorio, uno no pudo menos que sonreír. Traía, además del saludo tan afectuoso, la entrañable imagen de su remitente. Alto, observando desde el misterio de unos anteojos casi aburridos, con el gastado abrigo echado sobre los hombros y la opacidad de los brochazos de marfil que pueblan su cabeza. Por si algo faltara, la obcecada diabetes se ha preocupado en torpedear su carácter desde el ímpetu más perceptivo de la sangre. Pero, ¿quién es este personaje sólido, terco, cuyas broncas ya son una leyenda y que sólo saben amainar sus hijos del corazón? ¿Dónde creció este amor, sin fronteras, por la niñez desvalida? ¿Es parte de la herencia o germina a medida que, cristiano al fin, estimula sus sentimientos en favor de los parias de la tierra? Se llama **Eliseo Morales**. Pobre de solemnidad, se empeña en recoger chicos de la calle, vivir con ellos como un padre en medio de sus hijos, repartiéndose, en las noches en que el invierno no perdona, el ancestral milagro de la sopa. Por un rincón de Wilde, en Avellaneda, anda este curita que aspira cincelar otro contorno, donde los hombres se reconozcan entre sí como hermanos y nadie sea lobo de su prójimo. Es decir, se esfuerza por adoptar un compromiso cotidiano con el Evangelio. Más aún, con los crucificados de este tiempo.

"Como pastor, no me interesa la teología, pues nunca habrá en la Iglesia una teología de la esclavitud; me interesa el trabajo por la liberación de los pobres, de los marginados".

Samuel Ruíz

Obispo mexicano

1933. En la derrumbada Alemania, con siete millones de desocupados, un Estado al borde de la quiebra definitiva y una comarca ocupada por odios densos, Adolfo Hitler era nombrado canciller. La niebla caía sobre la patria de Goethe y Europa comenzaba a temblar. En nuestro país, la Iglesia estallaba de júbilo: se consagraba al primer cardenal de la historia, monseñor Santiago Luis Copello, arzobispo de Buenos Aires. Mientras tanto, en plena "década infame" y en un marco de miseria que humillaba, los tangos de Discépolo se escuchaban en las esquinas, porque los textos reflejaban el dolor lacerante que se expandía por los barrios obreros. Ese estado de ánimo se acrecentó, aún más, cuando el invierno abatía al ex-presidente de la República, Hipólito Yrigoyen. En este año, un día de mayo, en Parque de los Patricios, periferia que mantenía algunos rasgos salientes de la Vieja Aldea, nacía Eliseo. En un corralón, casilla y patio de tierra, donde el olor a pasto y bosta se entreveraba con el que despedían las plantas que su madre cuidaba con esmero. Don Armando, un oriental de Rivera, medio anarco, medio socialista, severo y muy laburante, desde la madrugada repartía el café "La Sultana", haciendo trotar su caballo por las arterias de la Ca-

pital. Su mujer, doña Amalia Ruíz, brasileña, trabajaba donde podía y protegía a sus cachorros con esa mesura de mujer sufrida, golpeada por los azotes de la indigencia. Eliseo se crió bajo un techo en el que confluían agobio y bondad, munido de la inventiva delirante de los chiquilines sin juguetes. Desde el pescante del carro de su padre, observaba el mundo con esa imaginación, mezcla de audacia e inocencia, que suele aparecer cuando el sol comienza a entibiar el rostro de los niños.

"No interesa saber cuándo y cómo se realizará esta Utopía trascendente. Lo importante es que esta Utopía, oriente desde ya nuestro pensamiento y acción".

Pablo Richard
Sacerdote chileno, doctor en
Teología y Sociología

La familia se mudó a Villa Luro; allí estaban la escuela y la pelota. Cerquita, la parroquia de San Ramón, donde Eliseo concretó una primera militancia en la Acción Católica. No congeniaba con la visión cerrada que los sacerdotes del templo tenían sobre los distintos aspectos religiosos. Le disgustaba la actitud "guetista" respecto a otros cultos, evangélicos por ejemplo, a los que se consideraba enemigos. ¿Cómo aceptar eso? Los pibes evangelistas eran amigos, compañeros de fútbol y correrías. ¿Y aquello del preventorio"Roca"? No los dejaron visitar a los internados, por más pedidos que efectuaran él y otros miembros del grupo juvenil. ¿Por qué? Jamás

pudo ver la cara de aquellos marginados ni entender los siniestros comentarios: "es mejor que estén encerrados". Esa prohibición quedó como una de las marcas indelebles que le impusieran por entonces y que lo hicieran llorar, de impotencia, más de una vez. ¡Cuánta razón tenía su viejo! "Esos pibes están ahí - le decía - no porque son malos, sino porque son pobres".

El sendero por el que transitamos, es una sucesión de rupturas y continuidades. Y en la adolescencia, es cuando uno se convierte, de a poco, en un activo combatiente contra la injusticia ejercida sobre los más débiles. Pero también va incorporando ilusiones, recortes de optimismo, tumultos de alegría. Cristina llegó, inesperadamente, con su aire tranquilo de muchacha en flor, para acompañarlo en la búsqueda de un **tiempo-Jesús** que lo abrumaba y, asimismo, para descorrer juntos el paisaje que los cobijara o, tal vez, el sitio indivisible que su fe le iba requiriendo. Fue esto último. Cuando él decidió ingresar al Seminario, Cristina estuvo a su lado, porque entendía que, al renunciar a ella, Eliseo quería abrazar un amor que fuera más allá del umbral cotidiano. Un amor que rescatara la esencia del mensaje del Nazareno, el significado de la solidaridad sin excusas, el testimonio permanente contra los despotismos que acosan en el universo. Regresaba a su mente el horrible destino de los atormentados pupilos del "Roca" y por quienes había trepado su angustia hasta la lágrima. Creía que el Sacerdocio podía tener otra proyección y constituirse en un andarivel, desde el cual aportar a la resolución de los males que veía, a cambiar esta situación que juzgaba contra-

ria a lo predicado por Jesús en las blancas sinagogas de Jerusalem. El padre, don Armando, al verlo con la sotana de seminarista, estuvo más de un año sin hablarle. Al fin, resignado, al ver la firme convicción de su hijo, sólo atinó a expresarle un consejo que éste trató de poner en práctica con fidelidad: "Si pretendés ser cura pero independiente, tenés que vivir de tu trabajo". Y la reflexión del viejo socialista, Eliseo, sin pensarlo dos veces, se preocupó en cumplirla al pie de la letra.

"En el vientre de María, Dios se hizo hombre; y en el taller de José, se hizo también clase".

Pedro Casaldáliga

Obispo brasileño

Tuvo la puerta y el corazón abiertos de par en par. Siempre. Por eso, insiste en explicar que "con quienes mejor he hablado de Dios, fue con los no creyentes". Sostiene que a Dios no hay que nombrarlo tanto, porque es una indagación desde la vida. El Seminario de Devoto lo contó como inquilino durante diez años, en momentos que lo dirigían los jesuitas, quienes formaron a toda una generación; en el mismo, se hallaban intelectuales de la talla de Miguel Mascialino, Pedro Geltman, Lucio Gera, Jorge Mejía. Docentes de notable talento, quienes le enseñaron a bucear en los profundos recovecos de la filosofía y le despejaron la cabeza con los lineamientos de una época inédita. Cuando ellos se marchan, arribó Eduardo Pironio al rectorado. "Un tipo extraordinario", evoca Eliseo.

Todavía lo cautivan las rondas de mate con sus "compinches": Carlos Mugica, Piero, Jorge Galli y tantos otros. Además, el viento que soplaba desde el Concilio Vaticano II, sacudía el ambiente de aquel refugio de estudio y meditación, mojando con su lluvia benefactora el alma de los jóvenes siervos de Cristo.

El Concilio Vaticano II había exigido cuatro años de preparación. El papa, bautizado Angel José Roncalli, afirmaba la idea de celebrarlo a plena luz del día, con información asidua, incluso para los no católicos. Era otro planeta en el que se desarrollaba el encuentro y Juan XXIII, "il papa buono", aparecía como un hombre honesto, sencillo adalid de la buena voluntad. Sus encíclicas "Mater et magistra" y "Pacem in terris", son muestras elocuentes de su espíritu, amplio y comprensivo, respecto a la etapa de transformaciones que conmocionaban a la sociedad. Hijo de modestos labriegos, había nacido en Bérgamo, en la entraña de la campiña lombarda. La fe y la piedad se habían hecho carne en él. En junio de 1963, ya anciano, moría y la noticia acongojaba al orbe; lo reemplazó Juan Bautista Montini con el nombre de Paulo VI. El Concilio finalizó el 8 de diciembre de 1965. El "aggiornamento" de la Iglesia se debatió intensamente, quedando de manifiesto la confrontación de "progresistas" y "conservadores" en su seno; a partir de ese instante, floreció un hiato que aún permanece: de un lado, los "preconciliares"; del otro, los "posconciliares".

Con el aliento puesto en estos últimos, Eliseo se ordenó sacerdote. Pero no aspiraba ser uno de aquellos que "viven del altar", sino que deseaba "ganar el pan con el sudor de la frente". Sin vueltas, como lo mandan las Escrituras.

"Yo aquí lo que tengo que hacer, en primer lugar, es evangelizar a los cristianos".

fray Bartolomé de las Casas

"Váyase a buscar un obispo que piense como usted", le dijo el Cardenal Antonio Caggiano, ante su reproche por la bendición que éste le diera a los actos del dictador Juan Carlos Onganía. "Yo me voy en busca de un obispo que piense como Iglesia, obra de Dios", le contestó Eliseo. Se fue a Formosa, a una reducción de indígenas, donde trabajó varios meses. Al retornar, lo llamó el obispo Ponce de León, quien luego muriera asesinado por los genocidas de 1976. Lo destinó a San Antonio de Areco. De pronto, un cura francés, Pierre Olagaray, lo invitó a trabajar en Avellaneda. Ya se cumplieron más de treinta años. Su perfil sacerdotal se estremecía al compás de dos acordes: una disposición que lo impulsaba a servir la causa de los desposeídos y la figura del Che. Ambos trazos alimentaron de entrada su preocupación por los niños, incentivaron sus ganas por lograr para ellos una superficie para su realización, donde la libertad, la democracia y el respeto por el otro, fueran una realidad tangible. "Como si concretáramos, en este sistema hipócrita, una zona liberada", remarca Eliseo. Y es verdad. Advertía que era como reformular

el rumbo cristiano, vivir el Evangelio con la gente. Como pretender darle a la faena un sentido profético, una sensación que fuera más allá: el rastro de la **Parusía**, la última manifestación del Creador, su esencia. En esa forma, comprender que no hay renacimiento sin participar del suplicio de los pobres. Sólo es posible "salir" con ellos, para revivir con ellos. Si no se acepta la Cruz, subrayan los teólogos, no se podrá descubrir el milagro de la resurrección.

"La vida del alma es la verdad y la captación del alma es el amor. Por eso no puedo explicar en qué modo se puede decir que uno esté vivo, por lo menos en nuestra vida comunitaria, si no ama a aquellos entre los cuales vive".

San Bernardo

Nunca fue un cura "misero" y que "come" de los ritos. Lo que se llama un sacerdote tradicional, de los que hablan toda la jornada de"hacer la Obra". En estos casos, vuelve siempre a San Pablo: "Yo no vine a dar sacramentos, a bautizar; he venido a proponer un nuevo proyecto. Esa es mi función principal". De ello se desprende que el rito no produce el esbozo de Jesús, sino que la propuesta le brinda otra dirección. Eliseo supo rodearse de amigos de toda índole, hizo suyas las preocupaciones de los demás, así como también las convicciones de éstos. Años impíos, a veces gratificantes, donde revoloteaban ángeles y demonios. Lo detuvieron. Meses en la cárcel de Villa Devoto, otros tantos en el Chaco. Conoció a hombres enteros: Agustín Tosco, Roberto Santucho, Raimundo

Ongaro. Aprendieron en comunidad, participaron de la misma "ranchada", como hermanos.

Al salir, ya estaba Héctor J. Cámpora en el gobierno y Juan Perón en el poder. Cuando sus amigos, los curas franceses, partieron amenazados por "la triple A", Eliseo se fue a vivir con el primer grupo de pibes a una casita pre-fabricada. Así, humildemente, nacen los "Hogares La Paz". Los concibió como un campo opuesto al del reformatorio, hueco que el sistema tiene reservado para la demolición de los muchachos o para modelarlos a su gusto, y convertirlos en mano de obra barata; así se liquida toda aspiración de libertad, pues la consigna es clara: adaptación o muerte. Eliseo persistió en abonar un terreno fértil, templado, donde cada pibe, libre como los pájaros, se solazara en su propio nido. Al principio fue extremadamente duro. Derrotar la incomprensión, se convirtió en una batalla casi desigual. No obstante, se fueron arrimando profesionales, docentes, algunos vecinos, para aportar en la consolidación de la aventura. Un método de convivencia natural, fraterno. Se mantenían con el trabajo de cada uno y las decisiones las tomaban entre todos. Los viernes, cuando los más chicos volvían de la escuela, se reunían para analizar el balance semanal; intervenían desde el más grande al más pequeño. La libertad fue un preciado bien que se defendía a capa y espada.

Eliseo nunca tuvo un trato amistoso con sus obispos, excepto con Jerónimo Podestá, indulgente, de enorme calidad humana. Pero del resto, mejor no hablar. Jamás lo entendieron. No podía ser, pensaban ellos, que existiera una concep-

ción que atendiera a las carencias de los niños, una organización que pusiera, en primer término, el Amor con mayúscula, sin "bajada de línea" institucional. Sin motorizar la asistencia de un "aparato" que orientara las cosas mediante el "ordeno y mando". Si así hubiera ocurrido, si no fuese (como lo es), una relación de padres e hijos, de hermanos entre sí, los "Hogares La Paz" no merecerían haber sido fundados. Y Eliseo, obviamente, tendría que haber confesado su fracaso.

Pablo tenía doce años cuando llegó a "La Paz". Vivía en una villa, pero no la sentía un hogar, sino un sitio donde residía la ferocidad de la pobreza y el padecimiento que de ella derivaba. Dormía debajo de los asientos de los subterráneos, porque en invierno la calle no se soporta. Una tarde, alguien lo llevó a casa de Eliseo. El pibe no entendía nada, aquello no era un reformatorio como los que conocía. Allí todos eran iguales y compartían el trabajo, los juegos, "el morfi". La libertad era absoluta, nadie impedía que saliera a jugar con los chicos del barrio. Presentía que, de ese modo, tendría que ser "la casa de uno". Trabajaban de ayudantes de pintor, con Eliseo como "oficial". Cierto día, una monja amiga los recomendó para pintar un chalet; al terminar la obra, notaron con alegría que la habían dejado "diez puntos". El dueño, un buen hombre, no podía abonarles hasta el martes siguiente. Era jueves y ellos habían pensado que, con el dinero, comerían "como reyes" durante semanas, pero el domingo se irían a pasear al río. Fue un drama. Sin un peso, ¿qué hacer? Ese viernes, Pablo salió temprano y, a punto ya de

cenar, no había regresado. Se preocuparon. Uno de los chicos, conocedor de los lugares que frecuentaba antes, fue a buscarlo. Además, Pablo era de "los nuevos". No estaba en ningún lado, nadie lo había visto. Cuando ya estaban sentados a la mesa, llegó Pablo y le dio a Eliseo un fajo de billetes. Pensaron lo peor. "No, locos, laburé todo el día vendiendo muñequitos y me fue rebién. Agarralos que los gané trabajando". Todos se miraron y de improviso, echaron a volar los gritos y los cantos. Pablo reía y Eliseo suspiraba orgulloso. Desde luego, el domingo se fueron de picnic.

Sin que lo acosara, supo sortear la soledad. A lo largo de los años, uno puede sentir la ausencia del amor individual, la necesidad de que la dulzura de una compañera acune los anhelos más sublimes. Después de todo, las fantasías de un hombre son como anatemas en el centro de la noche. Pero, Eliseo, jamás estuvo solo. Cuando se revelaban algunos "bajones", los chicos asomaban con el cariño a flor de piel. Por si fuera poco, escuchando a Ernesto Sábato, descubrió por qué no podía sentirse más solo; el viejo maestro respondió a un periodista sobre qué es la trascendencia, la vida eterna, y lo hizo en estos términos:"Cuando te dicen abuelo". Por eso, al escuchar a los hijos de aquellos que crecieron en "La Paz" llamarlo "abuelo", Eliseo goza la plenitud de su existencia. Porque al mirar a "sus nietos" ya adolescentes, sabe que jamás lo atrapará la soledad.

"Esta vocación de entrega a los otros, de tenaz explora-

ción de la Utopía, para mí surge en Jesús, continúa en mi viejo, se prolonga en mis queridos maestros del Seminario y persiste en mis pibes. De éstos aprendo cada día más. No quiero otro camino. Y por supuesto, seré sacerdote hasta el latido final".

Los mártires

Suele haber refranes populares que reflejan mejor que nada lo efímero de un instante, la mutación del contorno o el torbellino de una ciudad."Chicago mata cerdos y cría hombres", era una de las más caras sentencias concebidas por los viejos yanquis. Pero el Juez John Peter Altgeld pensaba otras cosas aquel día de otoño de 1887. Esa mañana del 11 de noviembre, iban a ser ejecutados los "bandidos anarquistas", según los definía el "Chicago Tribune", porque para el periódico eran los únicos responsables de la bomba arrojada contra la policía en el mitin obrero de Haymarket Square. Sin embargo, algo le decía a Altgeld que no era cierto, que se hacía necesario rastrear la verdad de lo ocurrido por otros carriles. Rompía los ojos el hecho que, por sobre todo, se había condenado una idea y no un homicidio, como dictaminara el jurado tendenciosamente. El juicio se había constituido en una inicua deformación desde el comienzo hasta el doloroso epílogo. La lucha por las ocho horas de trabajo diario, fundamentalmente, movimiento que iba adquiriendo una envergadura que asustaba a los dueños del poder, era el objetivo que debía detenerse a cualquier costo. Y la bomba inventada por la Agencia Pinkerton, la

custodia privada al servicio de la burguesía, fue la herramienta utilizada para concretar la trágica provocación.

Como un estilete en la conciencia, estas reflexiones calaron hondo en el obstinado alemán que, muy niño, en busca de libertad y justicia, había llegado a la tierra de su admirado Abraham Lincoln, una patria que luego hizo suya y supo amar como nadie. Fue por eso que, años después que el Congreso Obrero Internacional, reunido en París en 1889, resolviera celebrar el 1° de Mayo en homenaje a las víctimas de Chicago, ya electo Gobernador de Illinois, Altgeld redactó el memorable texto que otorgaba el perdón absoluto para los tres protagonistas que aún permanecían en prisión. Este acto, como lo expresara el legendario Juez, no fue de misericordia, sino un gesto de estricto desagravio.

Por eso, cuando en un país ubicado al sur del continente americano, casi tres mil trabajadores se convocaron para rescatar el 1° de Mayo de 1890 en el Prado Español, en aquella Buenos Aires envilecida de Juárez Celman, es seguro que la sombra protectora de ocho militantes que respondían a los nombres de Schwab, Lingg, Fisher, Fielden, Parsons, Spies, Neebe y Engel, compartió con ellos el grito, la bronca y la esperanza.

Che

"soy de un país donde es necesario no amar sino matar a la melancolía y donde no hay que confundir el Che con la tristeza".

Juan Gelman

Había nacido en Rosario allá por 1928 y de pibe lo llevaron a Alta Gracia, porque suponían que el clima en Córdoba era lo mejor para su asma incipiente. Pero en el '47 bajó a Buenos Aires para seguir estudios en la Facultad de Medicina, donde luego de graduarse, resolvió junto con otros amigos, salir en busca de la verdadera América Latina. Durante todo el viaje pudo ver lo suficiente como para comprender y advertir en profundidad, los dolores engendrados al sur del Río Grande. Entonces decidió quedarse en México. Allí conoció a unos cubanos que ideaban cambiarle la cara a su país. Los adoptó y fue uno más en la larga marcha de los herederos de José Martí. Luchó con ellos hasta tocar las estrellas refulgentes que siempre alumbran el cielo de La Habana. Tuvo mujer e hijos. Estos últimos, vieron en su padre un ejemplo de consagración total a la causa de aquellos que nunca fueron nada. Y ahora, a partir de las barbas de esos jóvenes, ya eran todo. Un día sintió que centurias de padecimiento, desesperación y aventura, continuaban hirviendo en su san-

gre. De ahí que volvió a recorrer el mundo y, al final del camino, cayó en un pedazo de selva oscura, atormentado, dejando en su mochila el porqué de una vida y la señal del mayor desprendimiento que un ser humano puede brindar: morir desnudo de toda desnudez, con la vista puesta en el sino de los pueblos que amaba hasta el hartazgo. Es el argentino más conocido en cualquier rincón del planeta. Hasta sus enemigos han sabido respetar en él ese sentimiento de honestidad personal, coraje y moral íntegra, tan ajeno a estos tiempos de bochorno y deshonor que visten el espectáculo de las cúpulas dirigentes del hemisferio austral.

Por eso, a pesar de aceptaciones y rechazos, y de genuinos afanes que todavía permanecen incólumes, el nombre de Ernesto Guevara de la Serna, el Che, será para la historia social de este siglo, como el sello de un hombre que bregó por vivir como pensaba, un tipo de esos a los que uno siente necesidad de poder llamarlo compañero.

La guitarra que no calla

Las calles desnudan, abrumadas, contrastes angustiosos en la ciudad de guirnalda y leyenda. Casonas donde los claveles trepan por sus rejas y en las que, salpicando baldosas, sonríen aljibes medrosos como si fueran los guardianes santos de la timidez del agua. Balcones por donde el aire deambula cargado de rasgueos de guitarras y de antiguos gritos moriscos, que suben lastimando por el "cante jondo". Aquí y allá, gélidos conventos, ingenuos y blancos como la piel de sus habitantes, tan solos. Los pregones, pequeños cantares que despiertan los naranjos y se cuelan en las ruidosas tabernas, donde la manzanilla es un sol que flamea en el fondo de un vaso. La insolente verdad, creciendo en la tarde, en mitad de la plaza, donde la muerte se pasea arrogante con capa y de muleta entre toro y hombre, como buscando un regazo para cobijarse. El sueño de la Alhambra, el Albayzín de las líricas fuentes y las apasionadas glorietas, el rumor serpentiante del Guadalquivir y ese intenso olor de alhucema y manzana. Y siempre el duende, el duende ancestral, jugueteando en el misterio de los hijos de Faraón, cuando dibujan arabescos en los tiesos tablados, borrachos de luna. Allí, en Fuente Vaqueros, provincia de Granada, nació el poeta el 5 de Junio de 1898, hijo de Fe-

derico García Rodríguez y Vicenta Lorca. Ya hombre, esa comarca le reveló con hondura fascinante el "Mundo de los Gitanos", en el que Federico edificó sobre el sentimiento del legendario romancero español sus poemas más ardientes. Con ellos, nos introdujo en ese territorio de herida abierta, lacerante, de atmósfera dramática, donde el odio y la copla se besan como enamorados. En sus romances gitanos regresa la anécdota a la poesía, al suceso que desgarra, el mismo que deslumbra y atormenta pero que también ayuda a comprender, con espasmos de claridad, el porqué de la copla, en la que aparece como un redoble oscuro, el rostro aceitunado y trágico de la gitanería.

El teatro fue para Federico una síntesis de toda su imaginería. Él sabía que en la vida se actúa y se llora, pero también se ríe, se canta y se baila. Sus personajes hablan descarnadamente. Porque supo atrapar los fantasmas contradictorios que cabalgan su tierra, esa España donde aún persistían, mezcladas, dos visiones de la vida: la mora y la cristiana. Es decir, el secreto de lo pagano y lo místico. Y en medio, la fiebre andaluza de Federico para mostrarlo. Supo decirlo: **"El teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre para los hombres"**. Si en su poesía vive el espíritu de su pueblo, en su teatro encontramos el carácter inconfundible de España. La misma que amó hasta cuando lo escarnecía. Con sus obras, conoció el polvo de sus caminos, se implantó sangre adentro de su gente. Creó "La Barraca" y difundió a Lope de Vega, Calderón y tantos otros. Además, el

equilibrio plástico de Federico que emerge de sus dibujos, su amor por la pintura, así como el nato sentido musical, reflejan en su teatro al vehículo que él más quería y nos sirve para mostrar su estatura humana, ese deseo ferviente de comunicarse con los otros, sus semejantes, en permanente búsqueda del alma de los hombres.

Agosto de 1936. El poeta padecía el dolor de su patria, preveía el aciago destino que la aguardaba, agotada en rencores sordos, envuelta en el combate legendario entre la luz y las tinieblas. Supo cuál era el sitio que le correspondía y, por eso, se convirtió en una de sus primeras víctimas. En la madrugada del día 19, en las afueras de Granada, en un lugar llamado"La Fuente de las Lágrimas", una pequeña jauría de chacales, le hundió colmillos afilados en sus carnes. Pero su duende no murió, porque los poetas no mueren nunca. El mundo camina sobre sus latidos. **Rafael Alberti** recuerda el crimen que enlutó de repente a la arena temblorosa y los fieles olivos.

Venid los que nunca fuisteis a Granada.
Hay sangre caída, sangre que me llama.
Nunca entré en Granada.

Hay sangre caída del mejor hermano.
Sangre por los mirtos y agua de los patios.
Nunca fui a Granada.

Del mejor amigo por los arrayanes.

Sangre por el Darro, por el Genil sangre.
Nunca vi Granada.

Si altas son las torres, el valor es alto.
¡Venid por montañas, por mares y campos!
Entraré en Granada.

Y Rafael volvió a España. Hoy, con noventa y seis rocíos sobre sus hombros y la blanca melena al viento, sigue con los sueños altos, en Puerto de Santa María, Cádiz, la hermosa "tacita de plata". Seguramente ha estado muchas veces en la "Fuente de las lágrimas", donde los huesos de Federico caracolean en la tierra junto a tantos otros. Y habrán caminado del brazo y henchido sus corazones con el perfume a nardo que endulza el talante de esta España bullanguera, popular, democrática. Porque Federico sabe que las muchachas de sonrisa diáfana y los jóvenes de garbo transparente, llevan entre los labios algunas de sus canciones, pues la magia que derramó por todos los senderos, así como el aliento de su voz, son como el acorde maduro que surge de una vieja guitarra que no calló nunca, **porque es imposible callarla**.

Cuando uno echa la mirada atrás, hacia la muy lejana adolescencia, rescata de ella el descubrimiento asombrado de los primeros textos de **Federico García Lorca**. Era un tiempo en que la esperanza crecía en nosotros como si fuera la mujer soñada, para que la Utopía, dueña de nuestros desvelos, nos abrumara con su aroma de madreselva y coraje. Desde entonces, imperturbable, Federico y su palabra viven acompañan-

do nuestras penas y alegrías, por el empecinado andarivel por el que transitan algunos triunfos y no pocas derrotas:**"En estos momentos dramáticos del mundo, un artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura, para ayudar a los que buscan las azucenas".**

El Gringo

Cómo podría suponer el conquistador José Luis de Cabrera, que estos salvajes Comechingones podrían ser belicosos en demasía, un hueso tan difícil de roer. Pero juró que habría de cristianizar a los muy herejes aunque sea a fuerza de mosquetazos. Y la verdad es que así lo hizo. Sin embargo, a pesar de todo, lo conmovían el frescor de las sierras y la profusión de ríos que cruzaban el suelo agreste. Ahí levantó un fuerte miserable de adobe y paja, el que sirvió para que en el alba de un día de junio de 1573, cruz y espada de por medio, bautizara a ese paraje con el nombre de "Córdoba de la Nueva Andalucía". Luego, con el devenir de los siglos, se fueron construyendo las iglesias y palacios que aún perduran. La Universidad, que iluminó desde el centro hasta más allá de su periferia, y puso de manifiesto las dotes de "Capital intelectual del Plata" que Córdoba pudo ostentar por más de doscientos años. También está la Obra de los Jesuitas; el Oratorio del Obispo Mercadillo; la Casa del gobernador Sobremonte; el Colegio de Monserrat; la Casa de los Allende; el Convento de Santa Teresa. Todo un paisaje de libro y sacristía, ciencia y campanario.

Más al sur, creció Río Cuarto. Y ahí nomás, donde por 1930 el territorio se nutría de mieses y ganado, a casi 80 kilómetros, asomó Coronel Moldes, lugar donde sus habitantes, de sol a sol, despertaban de su hondo letargo a ese suelo tan pródigo.

¡Qué lejano "Il Piamonte", allá en la vieja Italia! Arriba los Alpes con su solitario infinito y abajo, la extensa llanura regada por el Po. Aún le danzaban en sus retinas, el canto del arroz, la generosidad del cereal y la nobleza del vino de Asti. Pero esto es Coronel Moldes y hoy es 22 de mayo. Dominga, campesina de estirpe, acaba de parir un hijo varón: Agustín, pero le dirán "Tino" en la chacra de los Tosco. Con el paso de muchas primaveras y pocos otoños, en el sondeo de nuevos horizontes, en los júbilos compartidos, pero esencialmente en la batalla sin tregua, madurará, junto con él, un apodo que sabrá vestir con el mismo decoro que su modesta ropa de electrotécnico: **El Gringo**.

Tal vez muchos nostálgicos sean prisioneros de una idealización desmedida, pero si tratamos que el equilibrio amanezca en las afirmaciones, la terca realidad nos va a indicar que la década del '60 proyectó en el mundo un tiempo de hermosas ilusiones, donde la imaginación y el pensamiento sin fronteras, convocaban a un protagonismo que la juventud de ese período se empeñó en ejercer con noble obstinación. Sin términos medios, con ingenuidad en ciertos casos y con amplia lucidez en otros, millones de muchachas y muchachos entraban al

porvenir con energía, echando la puerta abajo. De ese modo, mientras los Estados Unidos se empantanaban en la jungla de Vietnam, el fenómeno de Los Beatles hería de muerte a la pacata Inglaterra y el Concilio Vaticano II, con su labor, abría una ventana en la Iglesia para que penetrara en la misma una bocanada de aire puro. Época en que el tedio aburguesado de Francia se transformó de repente en la explosión de Mayo del '68, la Revolución Cubana hacía fantasear a los condenados de la tierra y un pacifismo ardoroso, encendía los "campus" de las universidades norteamericanas. Asimismo, el cosmonauta Yuri Gagarin, se convertía en el primer mortal que daba tres vueltas al universo, primera señal hacia la conquista del espacio. Como corolario y con precisión, las estadísticas demográficas atestiguaban el poder de los jóvenes: el 65 por ciento de la población del orbe tenía menos de 20 años.

Por su parte, la Argentina no era un páramo desolado. La interrupción dictatorial de los gobiernos democráticos de Frondizi e Illia, no impedía que la historia detuviera su marcha. Había quienes se esforzaban en seguir desbrozando la maleza. Ahí estaba el Instituto Di Tella, baluarte del vanguardismo y experimentación en el Arte, así como el agudo intento de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), de sacar el libro a la calle y ponerlo en manos de aquellos que no solían frecuentar las bibliotecas. La sociedad comenzaba a aceptar sin tapujos la divulgación de las teorías psicoanalíticas y "La Familia Falcón" o "Historia de jóvenes", acaparaban las mayo-

horas de televisión en los hogares. Por entonces, Borges ya era considerado un maestro de la literatura, Sábato se erigía en un ejemplo a imitar y Cortázar provocaba al imaginario colectivo con el texto incitante de "Rayuela". Pero era también la ignominiosa aventura de la "Noche de los bastones largos" que diseñó Onganía en contra de la Cultura Nacional y, además, la del Comisario Luis Margaride que allanaba hoteles-alojamiento y prohibía que el amor anidara en los parques. Años contradictorios, pero apasionados, creativos. Aurora y crepúsculo, libertad y tiranía. No obstante, el afán indagatorio, la seducción del alba, estaban de ronda por la esquina. Esperando.

El mundo del trabajo tenía lo suyo. Participacionistas y combativos, por andariveles opuestos, observaban cómo los trabajadores endurecían gestos, sufrían agravios y protegían cada atisbo de demanda. Ocurre que el idioma del hambre no admite triquiñuelas. Tampoco "pechos fríos". Por eso, de un lado, Onganía apostaba con firmeza a sus bigotes y del otro, la clase obrera pensaba en afeitárselos. Es que el agua en la olla hervía sin disimulo. Y no habría manera de evitar el desborde.

En este período Tosco se fortificó como dirigente y, el propio camino que eligiera, se encargó de elaborar con minuciosidad de orfebre aquella imagen de auténtico paradigma para sus compañeros. Desde el '59, con breves intermitencias, fue Secretario General de Luz y Fuerza de Córdoba. Producida la

escisión de la CGT, sumará su voluntad a la de Raimundo Ongaro, ayudando a conformar la "CGT DE LOS ARGENTINOS". Pero el país bullía por los cuatro costados. En Corrientes y Rosario, la cuerda se tensó con la muerte de tres estudiantes: Juan José Cabral, Adolfo Bello y Roberto Blanco. En Córdoba, la CGT se unifica y cobija bajo sus alas a todo el espectro gremial. Como respuesta a la política económica inventada por el ministro Krieger Vasena y a las "quitas zonales", una vulgar rebaja de salarios, así como a los despidos por la reconversión industrial y el natural cierre de fábricas, se determina el paro activo para el día 29 de mayo a las 11 horas. A partir de ese instante, del brazo de la historia, entró a escena el "Cordobazo". Y comenzaba el final del dictador Juan Carlos Onganía.

Los trabajadores y estudiantes ocupan la ciudad y los pobladores de la Docta, se van incorporando con sus vítores y abucheos, ayudando materialmente en todas las formas. Nadie quiere ser ajeno, nadie se esconde. En el Barrio Clínicas, fuego y barricadas, solidaridad y combate. Todos se sienten hermano del otro, todos son un solo grito y una sola sombra.

El "Cordobazo" marcó con hierro caliente a una generación de argentinos. A los que lo protagonizaron, les cambió el sentido de su existencia. A quienes lo asumieron como propio, les sacudió el alma para siempre.

Tosco estuvo un corto lapso en la cárcel. Al salir retorna a su actividad. Otra vez en la pelea. Integra, en los primeros

meses de 1971, el Comando de Lucha de la CGT cordobesa, cuya acción reivindicativa será conocida como el "Viborazo". En el otoño lo detienen y es encarcelado hasta enero de 1972. ¿Cuál habrá sido la matriz de este hombre? ¿Qué sino forjó esta estructura de tolerancia y acero? La represión buscó con denuedo hacer centro en su rostro. El "Navarrazo", ataque al gobierno legítimo de la provincia y su posterior derrocamiento, consentido desde la Casa Rosada, instaura un dominio siniestro en Córdoba. El sindicato de Tosco es agredido por la policía y son recluidos varios dirigentes; él debe refugiarse en la clandestinidad. Ya los mercenarios de la muerte recorren soberbios la piel de la República. En septiembre del trágico 1974, son asesinados Atilio López, vicegobernador depuesto y el abogado laboralista Ricardo Curutchet. Además, la Triple "A" de López Rega, decreta la eliminación del "Gringo" pero él no se intimida; viaja, interviene en actos, entrevistas. Pero una dura enfermedad, agravada por la carencia de atención a la que lo obliga su necesidad de ocultarse, lo derrumba en noviembre de 1975. Sólo tenía 45 años.

Este notable ser humano, cuyo perfil sindical debe ser una honra para aquellos que compartieron sus días de insobornable fidelidad a sus compañeros y, por ende, para quienes lo han sucedido, colocó permanentemente los intereses de sus representados por sobre los deseos de tipo personal. Pero, también, está el tamaño de su esperanza. La misma que lo unía a una perspectiva fecunda, a la exploración de un mañana sin barreras, donde los hombres encuentren un sitio común, un íntimo albergue que les sirva para proteger la cepa de sus

ideales y la razón final de su futuro como especie. Porque al igual que Anatole France, el "Gringo" Tosco podría haber dicho que **"sin utopías, los hombres aún estarían dibujando en el fondo de las cavernas"**.

La huella de Lisandro

Yo, Juan de Garay, capitán y Justicia Mayor en esta conquista y población del Paraná y Río de la Plata. Digo que en el nombre de la Santísima Trinidad y de la Virgen Santa María y de la universidad de todos los Santos y en nombre de la Real Majestad del Rey Don Felipe nuestro señor y del muy ilustre Alguacil Mayor de todas las provincias del dicho Río de la Plata, y por virtud de los poderes que para ello tengo de Martín Suárez de Toledo, Teniente de Gobernador, que al presente reside en la ciudad de Asunción. Digo que en el dicho nombre y forma que dicho tengo, fundo y asiento y nombro esta ciudad de Santa Fe, en esta provincia de calchines y mocoretáes..."

De ese modo, en 1573, entre esteros, bañados, montes de espinillos y pajonales, Garay pretendió "abrir puertas a la tierra". En 1660, casi cien años después, fue trasladada al sitio definitivo, donde crece Santa Fe de la Vera Cruz, quedando en el tiempo, perdido, el viejo poblado.

Tierra de Mateo Booz, quien describió un paisaje regionalista en su narrativa, sumando rasgos del folclore y de crítico humor, los que despuntan en "Santa Fe, mi país" y en "Los

inundados". Fiel territorio del poeta del arraigo, José Pedroni, cuya obra se nutre de la entereza del trabajo cotidiano, el matiz de la inmigración gringa y el más elevado sentimiento de los hombres. El ardiente pueblo de Lisandro de la Torre, recio luchador antiimperialista, Fiscal de la Patria, que en el verano del '39 se mató de asco en su austero departamento de la calle Esmeralda, en Buenos Aires."Si ustedes no lo desaprueban, desearía que mis cenizas fueran arrojadas al viento", reclamaba en su carta que todavía duele.

Aunque las ráfagas del norte soplen durante considerable parte del año, quien recorra los 304 kilómetros que van desde la capital de la provincia hacia el sur, se encontrará con Hughes, una aldea de apenas 3.200 habitantes, erigida en abril de 1915. En esos años, en las tórridas siestas de enero, los pibes acostumbraban bañarse en "Las Lagunitas", espacios de agua dormidos al costado de la red ferroviaria y, además, esas horas servían para fumar a escondidas. Allí, centro agrícola y ganadero, nació en agosto de 1923 **Santiago Félix Barberis**, vástago del piamontés don Antonio, Juez de Paz, cooperativista, y de doña Margarita Burzio, una oriunda de la "pampa gringa". Con el asombro de la niñez, llegó el momento de las Escuelas Láinez, el 5° y 6° grado en "la provincial" y, conjuntamente, el fútbol compartido con"la barra" en el patio de Enrique Fernández y el fanatismo por los colores de San Lorenzo de Almagro. De repente, el destino mueve sus piezas: el servicio militar, en Granaderos, lo transporta a Buenos Aires. Pensándolo bien, catorce meses en "la colimba", no fueron poca cosa. Y no se olvidan.

Cuando el 2 de febrero de 1943, el Mariscal alemán Friedrich von Paulus resignó sus banderas en la batalla de Stalingrado, la Segunda Guerra Mundial dio un viraje definitivo. A partir de ese instante, los delirios milenarios del III Reich comenzaron su cuenta regresiva y el 1° de mayo de 1945 sucumbieron con la muerte de Adolfo Hitler, en las ruinas de la cancillería de Berlín. Cruzando el Atlántico, en nuestro país, se rasgaba el dogal del dominio inglés que tuviera su apogeo por los años '30, con el tristemente célebre pacto Roca-Runciman sobre las carnes, el mismo que hiciera decir a nuestro vicepresidente, Julio A. Roca, al firmarlo: "La Argentina es, por su interdependencia recíproca, desde el punto de vista económico, una parte del Reino Unido". El escritor José Luis Torres, denominó a esa época como "Década Infame", signada por la miseria, el fraude, la corrupción y la entrega. Posteriormente, ese lapso histórico fue agudamente pintado en las obras de Roberto Arlt, Scalabrini Ortiz y Enrique Santos Discépolo. En esta compleja situación se había producido el golpe de Estado del 4 de Junio de 1943, donde participaron en una extraña amalgama, sectores aliadófilos proclives a la ruptura con el Eje; nacionalistas juramentados en la defensa incondicional de la neutralidad; grupos ligados a la consolidación del parque industrial; cuadros hastiados por la trampa electoral y que no soportaban la perspectiva del conservador Robustiano Patrón Costas, oligarca y testaferro de los monopolios extranjeros, como futuro presidente de la República; por último, el GOU (Grupo de Oficiales Unidos o Grupo Obra de Unificación), cuyas raíces provenían del esquema prusiano

que había logrado modelar a generaciones de militares. A este panorama, debía agregarse la admiración que despertaban las divisiones blindadas de la Wehrmacht germana a muchos de los bisoños oficiales. Asimismo, las manifestaciones obreras del 1º de Mayo, provocaron serio pánico al Estado Mayor del Ejército, porque recordaba las acciones de solidaridad que la Guerra Civil Española estimuló en el seno del pueblo.

A mediados del '45, concluida la contienda con la victoria sobre el fascismo, los 16 millones de argentinos recrean su vena milonguera escuchando "Ronda de Ases", programa que Radio El Mundo emite desde el Teatro Casino; leen "Rico Tipo", algunos se encuentran con los hermanos Tuñón o Carlos de la Púa en el "Tortoni" para tomar una "Hesperidina" o un "Cinzano con Branca" y se visten en "Braudo"(la sastrería del pantalón gratis) o de lo contrario en "Casa Muñoz"(donde un peso vale dos). Por supuesto, hay quienes naufragan en lágrimas con Anna Magnani en "Roma, Ciudad Abierta", pero todos ya saben que no hay tos que se resista con las pastillas del "Dr. Andreu". La "estimada platea del éter", al decir de engolados locutores, se ve acaparada por los radioteatros de Héctor Bates o Juan Carlos Chiappe; la máquina de River y la boina del boquense Severino Varela alegran las tardes del domingo, al tiempo que Jorge Luis Borges recibe el Premio de Honor de la S.A.D.E.

En ese país, donde un dólar se consigue con sólo cuatro pesos moneda nacional, Luis Arata con su "Mateo" y Lola Membrives con "La Malquerida", así como Pepe Arias y la

"Negra" Bozán en la revista, conquistan las marquesinas de las salas más importantes. Por si fuera poco, el tango se deslumbra con los revolucionarios versos de un poeta exquisito, Homero Expósito: "Tu forma de partir / nos dio la sensación/ de un arco de violín / clavado en un gorrión". Cuando el 17 de octubre los pobres de la Patria intentaron "tomar el cielo por asalto", otra Argentina estaba germinando y pretendía desplegar sus alas sin cuello duro ni moño de seda. En "cueros", descamisada.

Al concluir el servicio militar, Barberis se quedó en Buenos Aires. Consigue un empleo e inicia el curso de Técnico en Bio-Tipología, una variante de la medicina constitucional, en el Instituto que conducía el doctor Rafael Rossi. Como la ciudad lo atrapa, todas las semanas (en tranvía o colectivo), visitaba a un barrio distinto y así los exploraba palmo a palmo.

"Por entonces, vivía en San Cristóbal con un comprovinciano de Melincué, donde por una habitación, cocina y baño, pagábamos treinta y dos pesos mensuales. En el '47 el amor golpeó a la puerta a través de una compañera de estudios, Elsa Peralta, maestra jardinera. Nos casamos en febrero del '50 y hoy tenemos tres hijos: una Licenciada en Química, un Ingeniero Electrónico y la menor, médica, radicada en Neuquén. Y ya tenemos siete nietos que iluminan nuestra casa".

La política asomó temprano de la mano del médico de la

familia, el doctor Diego J. Cantié, que lo consideraba un hijo. Fue quien le descubrió a Lisandro de la Torre. En 1946, residiendo en Capital Federal, viajaba a Santa Fe para colaborar en la campaña del doctor Cantié, candidato a Senador Provincial por el Partido Demócrata Progresista. Se arrimó, además, al P.D.P. porteño y se incorporó al periódico "El Hombre Libre", donde conoció "plumas de fuste": Carlos Caminos, luego vicedirector del diario "Clarín" y, también, a Adolfo Casablanca, el autor de "El Rescate" y "Hay que matar a Martín Güemes".

"Para mí era lograr el sueño del pibe. A partir de ese momento, realicé una intensa labor en periódicos como 'La Idea' de Venado Tuerto y en órganos partidarios: 'El Leñador', 'El Progresista'. Paralelamente, un período por los pasillos del Comité de la Juventud y, a continuación, ingreso en la Junta de la Capital con figuras de la talla de Julio Noble, Juan José Díaz Arana, Hilmar Di Giorgio; este último, ex-Rector del Colegio 'Carlos Pellegrini'. Estaba, además, el doctor Agustín Alvarez, hijo del conocido filósofo. Como se verá, poco a poco, la urbe majestuosa se me abría, sin rechazarme. Ya la Nación era un hervidero. Corría 1946 y Perón se había convertido en el líder de los trabajadores. Se acercaban las elecciones presidenciales. En la empresa en la que yo trabajaba, el 99 % de los integrantes iba a votarlo y solamente dos personas lo hacíamos por la Unión Democrática. Nosotros en el P.D.P. objetábamos a los candidatos de la U.D., Tamborini y Mosca, con quienes no teníamos nin-

guna afinidad. El doctor Mosca, por ejemplo, era quien había propiciado la derogación de la Constitución progresista de Santa Fe. Asimismo, durante la campaña, no acordamos con los temas que se abordaban; eran abstractos, se alejaban de la realidad. El 24 de febrero se efectuó el comicio y Perón se alzó con la victoria".

El doctor Luciano Molinas fue gobernador de Santa Fe desde 1932, hasta la intervención del general Justo en 1935. Aquél fue un hombre que vivió y murió en medio de una austeridad republicana y durante su gestión creó más de cien escuelas por año y construyó los primeros establecimientos de Artes y Oficios. Político de raza, lo distinguía su modestia y extrema cordialidad. Es simbólica la primera medida que adoptó como gobernante: se rebajó el sueldo de $ 2.500 a $1.200 y, proporcionalmente, el de sus ministros y funcionarios. Al respecto, Barberis es autor de un libro que va delineando la trayectoria del ex-gobernador:"Luciano Molinas, un ejemplo civil". El encuentro físico se produjo en el año '46.

"Conozco a don Luciano en nuestra provincia, el día en que se lo agasajaba por cumplir sesenta años. Concurrieron dirigentes de todos los partidos y esa noche, el doctor Sebastián Soler, leyó 'Elogio de la honradez', una página donde pintaba de cuerpo entero al homenajeado. Así, sencillamente, como un hombre honrado. Me conmovieron sus palabras e hicieron que acrecentara mi fervor por el rumbo ideológico que había abrazado. Después, en el

sendero militante, estreché mi relación con su hijo, Ricardo Molinas, cuya amistad insondable, afectiva, me enaltece desde hace más de cuarenta años; con él escribí 'El Partido Demócrata Progresista', historia de nuestra organización. Heredero de su padre, Ricardo ha sido diputado nacional, Fiscal de Investigaciones Administrativas, luchador incansable por los Derechos Humanos. Con él y otros amigos, cuando estimamos que el P.D.P. se desviaba de la línea con la que fuera constituido, nos cobijamos en el Movimiento Progresista Latorrista. Y ahí estamos, juntos, como siempre".

En 1955 "a fuerza de pulmón" y con un préstamo del Banco Hipotecario, Barberis construyó su hogar en Pompeya, rincón que aún conservaba antiguas tradiciones y protegía su prosapia tanguera. Había valores que el centro de la ciudad arrojaba al desván, pero que el suburbio seguía atesorando.

"Me inserté de inmediato en el barrio. Trabajé en las cooperadoras escolares y fui secretario del club 'Unidos de Pompeya', una entidad de envergadura. Existía una dinámica diaria, con una respetable biblioteca y una seria actividad deportiva, especialmente box. Por esa época, en la Nochebuena del '59, junto con Jorge Cooke, Ismael Viñas, Isidoro Gilbert y Lisandro Caballero, lanzamos el periódico 'Soluciones', que sirvió para reflejar con dignidad, el desarrollo de las luchas populares".

Don Santiago "mamó" el cooperativismo desde la infancia. Su padre, en Santa Fe, fue miembro fundador de tres ins-

tituciones de ese tipo: una, agropecuaria; otra, eléctrica y la restante, de consumo.

"En el pueblo había una cooperativa de panificación, en la que mi padre ejercía como gerente y yo era el cadete. Las panaderías vendían el kilo a $ 0.25 y la Cooperativa a $ 0.17, hecho que en esos días se tenía muy en cuenta. Con frecuencia digo que para mostrar lo beneficioso del cooperativismo, éste primero debe ser eficiente. Pienso que existieron tres momentos decisivos en el devenir doctrinario: 1) El movimiento cooperativo agrario, con el 'Grito de Alcorta' y el surgimiento de la Federación Agraria Argentina. 2) El movimiento cooperativo eléctrico, que tuvo una enorme difusión en la provincia de Buenos Aires. La gente decía: 'La luz del pueblo, para el pueblo'. 3) El movimiento cooperativo de crédito que supo convertir este ideario en asistencia mutua, trabajo colectivo y ayudó a la unión de las personas, para atender sus necesidades y sin afán de lucro. Es mi convicción que, la Paz y la Democracia, son los pilares de nuestro Movimiento".

La aspiración permanente de concretar una ineludible renovación de la vida, su actitud sistemática en favor del porvenir de los hombres, lo llevó por el mundo.

"No lo hice como divertimiento, sino para aprender dentro de lo posible. Porque en todas partes, hay gente que sueña".

En su libro "Juan José Díaz Arana / maestro del cooperati-

vismo", Barberis nos da una semblanza de esta incuestionable personalidad. Pero lo significativo del caso es que, precisamente Díaz Arana, fue quizás la última persona que vio con vida a Lisandro de la Torre el 5 de enero de 1939, día en que éste se suicidó.

"Lisandro de la Torre, como lo manifestara oportunamente Octavio Amadeo, fue el hombre civil más grande de la República. Es también mi opinión. Su honestidad, inteligencia y capacidad de trabajo, me cautivaron de entrada; de ahí mi adhesión inmediata a su proyecto. En cartas que enviara a Patrón Costas y Mariano Demaría les señaló, sin eufemismos, la ubicación de ambos en el espectro político, notoriamente contraria a la suya: 'ustedes son conservadores, clericales, armamentistas, antiobreristas, latifundistas'. Mayor transparencia, imposible".

Barberis habla y piensa, dos características que lo visten. Sereno, preciso, jugando con su pipa con destreza de artesano, posee, como una de sus virtudes principales, una memoria a prueba de olvidos. Dueño de una concepción del mundo y un estilo existencial sin fisuras, con la mano tendida y el corazón abierto, sigue retando al horizonte, para verlo convertido en un sitio tolerante y plural. No obstante, y ante tanto vendaval humanístico, uno sólo atina a preguntarse: ¿No hay descanso para esta clase de hombres? ¿Ni siquiera un breve alto en el camino? Parece que no. Porque Barberis, profeta laico sin saberlo, acaso no se haya transformado en un

ser humano imprescindible, pero sí en alguien absolutamente necesario.

Santiago

Al sur de Santa Fe, la dulce pampa gringa,
tan libre como el viento creció tu adolescencia.
Por tu sangre navega desde entonces Lisandro,
como un grito de sol, un temblor de inocencia.

Un día el Buenos Aires de madreselva y fueye,
te cobijó en un tango soñado en el cuarenta.
Y silbó el obelisco tu nombre por Corrientes,
que diqueaba tu pinta de jaileife sin vueltas.

De pronto, el buen amor te vistió de milagro
y fue Pompeya el barrio, tu refugio de abrazos.
Porque allí fuiste el hombre que empujó el horizonte,
cooperador del alba, timonel sin fracasos.

¿Qué vientre protegió a esos tercos latidos,
paisaje de tu alma con destino viajero?
Cuando arome el tabaco tu pipa de silencio,
arderá tu memoria como un dios altanero.

Hoy desvela mi sangre como un pájaro altivo,
tu carillón de luz, Santiago, compañero.

Gallegos

Mientras los conquistadores romanos llamaron a Lugo, "Lucus Augusti", para sus hijos fue siempre "a terra dos nabos". Desde su catedral románica con torres renacentistas, se huele la meseta áspera y fría recorrida por el Miño, sinuoso lagarto que serpentea casi por el centro de la provincia de Norte a Sur, desde la Sierra de Meira hasta la confluencia del Sil, lugar donde sus aguas besan la vecina Orense. Ahí cerca, en la parte oriental, está Fonsagrada. En aquella época, la carretera que la circundaba vio elevarse la Posada de los Ramos, refugio de caminantes, y la finca donde asomaba la tibieza del centeno. Más allá, el rumor del ganado, completaba lo bucólico del paraje.

Al caer la tarde, José volvía de los campos después de arrebatarle a la greda secretos alaridos. Además, escudriñaba la distancia enjugando el sudor, sintiendo que empezaba a cabalgar por sus venas un tropel de corceles desbocados, una insólita vanguardia de la evocación. Todavía le calcinaba la piel el sol abrasador de Marruecos en aquellos crueles veranos en la Legión. Allí estaba el Rif, montañoso, abrupto, habitado por la temible cabila de Beniurriaguel, en la cual el

adolescente Abd-el-Krim, tenaz y apasionado, ya iba acunando sus ansias de independencia. Años más tarde, con el aire del Mediterráneo golpeando su frente y dueño absoluto del suelo bereber, el indomable rifeño hizo crujir de espanto el corazón de un imperio en decadencia. José se interrogaba: ¿Por qué resuenan como tambores arcaicos los versos de Rosalía de Castro, convocando a la nostalgia, goteando melancolía al pintar el alma de Galicia, misteriosa y sensible?: "**Mimosa, soave, / sentida, queixosa; / encanta si ríe,/ conmove si chora**". Y de repente lo acosaba otra pregunta: ¿Qué habrá sido del estoico maestro anarquista que le enseñara a leer y a descubrir estrellas, en aquella oscura celda de Asturias? No obstante, pensaba, en el terruño se extendían las voces de un tiempo nuevo, soñando la República por la campiña que él amaba hasta las lágrimas.

Casó con Eulalia Vázquez, mujer de rostro curtido, acerado, cuyos pómulos salientes protegían una mirada de ojos hundidos, penetrante. Ascética, vestida de negro, con el pelo entrecano, tirante, terminando en un rodete que denunciaba más su grave figura. Tenía esa imagen seca de las mujeres de Lorca; agresiva, con una legendaria angustia quemando sus ovarios. Pero con un corazón que escondía rasgos insondables de ternura para sus nietos, a quienes festejaba con su famosa "sopa de pan" o untándoles un poco de dulce en las "filloas" que le traían el olor de su infancia en la aldea.

A él podía vérselo por las noches en la puerta de su casa en Avellaneda, amarradero donde la miseria de su pueblo lo ha-

bía anclado, sentado en un remendado sillón de mimbre, rodeado de amigos, relatando anécdotas con la minuciosidad de un inmigrante veterano. Le dolía España y la marcha de la Guerra Civil dominaba sus días. Sin embargo, sus ocurrencias despertaban las sonrisas de quienes lo escuchaban con atención, de modo especial cuando remataba sus comentarios, levantando su destartalado bastón de caña a la altura del mentón. Entonces, cerrando un ojo como haciendo puntería, apoyaba la vara en su brazo izquierdo asediado por la artrosis, tanteaba el perímetro y, lentamente, apretando con su imaginación el gatillo, susurraba desde el fondo de su cólera: "A trescientos metros, a Franco no le erro".

Cuando el otoño del '48 teñía de gris los barrios del sur del Riachuelo, con más de ochenta años sobre cada una de sus espaldas y con sólo un mes de diferencia en sus partidas, doña Eulalia y el Viejo Ramos, se fueron en silencio rumbo al país de las sombras. Y lo hicieron del mismo modo que en aquellos lejanos días de su arribo esperanzado a la Argentina: Pobres, gallegos, republicanos.

C. C. P.

A don Salvador Forzano, que partió sin dejarnos.

Cuando en las barricadas de Nanterre en mayo del '68, los estudiantes enarbolaban la consigna "Prohibido prohibir", pretendían establecer de ese modo la dictadura de la libertad. El vetusto edificio crujía y un rugido desenfrenado, inédito, se alzaba desde las orillas del Sena para abrazar a toda Francia. Esos acontecimientos, anteriores al último año de una década irrepetible por lo apasionante, abrieron la puerta. Fue así que, en 1969, un astronauta se deslizó muy orondo por la luna, mientras Nixon asumía la titularidad de la Casa Blanca, y el médico argentino, Domingo Liotta, ganaba la primera plana de los diarios por haber concebido el corazón artificial, hecho que permitió realizar en Houston un injerto total. En nuestras playas tercermundistas, agitadas, trece supermercados de la cadena Rockefeller eran destruidos en una precisa acción de comando; Augusto Timoteo Vandor, el "Lobo" de los metalúrgicos, caía asesinado en su despacho, y la estación receptora de Balcarce nos colocaba en el universo de la comunicación satelital. Pero las manifestaciones obreras de Córdoba y la represión ejercida por la tiranía militar que gobernaba en ese momento, elevó la temperatura político-social hasta niveles insospechables. El "Cordobazo", ex-

presión emblemática de esos días, sin pedir permiso, se introdujo en nuestra historia contemporánea.

En aquella Avellaneda salpicada por el Riachuelo y conmocionada por los sucesos nacionales, un grupo de artistas y escritores, acompañados por obsesivos predicadores que ambicionaban un mundo mejor y apostaban, desde el campo específico de la cultura, a ser parte"de lo que se viene", fundaron el **Centro de Cultura Popular**. Lo nombraban, para sentirlo más íntimamente, "CCP", como si fuera una marca de fábrica. Más aún, como si pronunciaran el seudónimo de la Utopía, la del pan sobre la mesa de todos, de la mano tendida y el corazón "abierto a toda hora". Pichones de profetas para quienes los seguían y valoraban,"locos lindos" para aquellos que no se atrevían a trasponer la frontera de su propio egoísmo. Porque bajo el húmedo techo del CCP, se cobijaba un intento existencial común que enaltecía la calidad humana de aquellos que, entre anticipos y repliegues, lo protegían con ardor de los enigmas de la oscuridad. Eran militantes de la indignación que navegaban a contraviento, avergonzados por la crueldad que iba desgarrando, sin contemplaciones, el aura vital del país. Porque las alimañas, con astucia, habían comenzado a pervertir la miel y los trigales.

"El Centro de Cultura Popular representa el pensamiento y la acción de un grupo de hombres y mujeres decididos a difundir una cultura que tenga raíces eminentemente populares. Por eso es que reconociéndonos en lo que somos - parte del pueblo que participa y convive en los pro-

blemas del país -, salimos a la búsqueda de una coincidencia que nos identifique plenamente con la gente, con sus ansias, sus sueños, sus luchas e intentar el reencuentro de los valores culturales a través de una tarea intensiva por todos los sectores denominados el cinturón de Buenos Aires".

Por qué nacemos
(Declaración fundacional / 1969)

Los fuegos del "Cordobazo" hicieron temblar los bigotes del general Onganía. En junio del '70, el triunvirato integrado por Lanusse, Gnavi y Rey, quebró sus delirios de virrey, escogiendo para sucederlo a un oficial de Inteligencia, Roberto Marcelo Levingston, el que se enteró en Washington, en la Junta Interamericana de Defensa, que había sido designado para presidir los destinos de la Argentina por la "unanimidad de tres". Excluidos de esta determinación, 23 millones de habitantes padecían la autocracia con un 21,7 por ciento de inflación anual y el dólar, en el mercado paralelo, se cotizaba a 4,33. País contradictorio, con una nueva generación que entraba a escena enfrentando al poder de los militares en el terreno de éstos: la lucha armada. Asimismo, este complejo año, inicio de una década que habría de fluctuar entre la belleza y el espanto, exhibía una singular composición: otorgamiento del Premio Nobel al doctor Leloir, el asesinato de Aramburu, las victorias de Monzón y la aparición en las disquerías del primer "long play" de un muchacho catalán de Poble Sec, Joan Manuel Serrat. Por otra parte, marcaría el comienzo de la implantación de los supermercados, acto que

provocaría modificaciones en los hábitos de compra de muchas mujeres. Sin embargo, en los barrios, todavía los comerciantes observaban a los flamantes competidores con un escepticismo no exento de ironías: "No va a andar", comentaban en los mostradores de los almacenes.

El CCP ya tenía local propio en la calle Güemes, a pocos metros de la avenida Mitre; viejo depósito de cerda, había sido transformado en una sala de usos múltiples a fuerza de sudor y algunas lágrimas. La cal hizo milagros y la imaginación el resto. Ahora podían mostrar algunas decenas de sillas, un camarín precario, varias mesas y el escenario ubicado entre dos columnas, este último construido por Ramón Valls, con paciencia e idoneidad. Completó la estética del lugar, hecha a empujones, Julio Bruno, que dejó impreso en una de las paredes, la imagen arisca de un gallo rojo cantándole a la aurora, junto a una frase inolvidable de Cesare Pavese: **"Antes hombre que poeta"**. Así montaron la casa, con la humilde dignidad que sólo brinda la pobreza. Las velas desplegadas, desnudos y al sol, pusieron proa al horizonte.

Barruntaban que entre todos, quizá lograrían encontrar el porqué, la esencia de las cosas. Acaso un alborozo inesperado, un destello de autenticidad y lucidez para ellos y para quienes accedieran a tutearse con el porvenir. En principio, con una tozudez conmovedora, creían con André Bretón, que "una obra de arte carece de valor si no la atraviesan temblores del futuro". La coherencia, maestra de cada minuto, acompañó este último criterio sin bajar los brazos. Hasta el final.

Cuando llegué al CCP tenía 28 años y estudiaba periodismo en una escuela del Abasto; en ella conocí a Ortiz, quien me entusiasmó para que me incorporara. Si no me equivoco, fue él quien me había dado para leer "Nuestro estilo de vida", un texto de Editorial Suburbio de varios autores. Para mí, Avellaneda era un sitio de fuerte reminiscencia, porque mi viejo, Francisco, había trabajado 35 años en el frigorífico"La Negra", donde después se jubiló. En el "Centro" di mis primeros pasos en el teatro con la "Negra" Noemí y luego, dirigidos por Trigo, hicimos una creación colectiva: "Pónganse punteras en los zapatos". Recuerdo la emoción del estreno, sobre todo cuando ingresó a la sala un prócer del Teatro Independiente, Pedro Asquini. Con una gorra en la cabeza, parecía Lenin entrando al Palacio de Invierno.

Norberto

Los días y las noches a mate y galleta, y las ganas de hacer. Pero la Nación pisaba el umbral de la catástrofe. La democracia "hacía agua" por los cuatro costados y el cielo se cubría de espesos nubarrones. La tempestad ya no era un amague, sino una certeza a plazo fijo.

En tanto, el"santo y seña" de la Juventud Peronista, "Luche y Vuelve", se había convertido en realidad: Juan Perón llegaba a la Patria, por primera vez, el 17 de noviembre del '72, luego de 17 años de exilio. "Le dio el cuero", murmuraban en

las entrañas del pueblo, burlándose de la frase bravucona de Lanusse. A partir de ahí, los tiempos se aceleraron en busca de las elecciones presidenciales del año próximo. Por medio del voto, los argentinos se aprestaban a recuperar, una vez más, la senda democrática, necesaria convivencia civilizada que la soberbia del autoritarismo había cercenado. La lumbre se encendía y los cantos se iban adueñando de las calles. Un hatajo de acordes juveniles, deslumbraba de ingenio las esquinas.

El cine-debate era un invitado habitual y el suelo rojizo del CCP, soportaba decenas de pasos que se arrastraban cansinamente. Ahí estaba Alberto, manejando el viejo proyector, ocultando la rabia cuando aparecía el "corte" infaltable de cada función. Pero la magia del ciclo sobre el neorrealismo italiano,"El chacal de Nahueltoro" de Miguel Littin o "Los traidores" de Raymundo Gleyzer, disimulaban los inconvenientes que sólo eran un condimento más. Con los epílogos de las películas, se desataban las emociones que Lucía, Carmen o Teresa, contenían con un café que estimulaba la meditación.

Noches encantadas, como la vivida con el maestro José Rodríguez Fauré, cuando éste, sacudiendo su nívea cabellera y dirigiendo su orquesta sinfónica, sentada en bancos improvisados, estrenó su "Homenaje a los Tres Pablos"; o aquella en la que un lazo turbador se clavó en las gargantas al presentar el audiovisual "Cantata Santa María de Iquique" por los "Quilapayún", referido a la matanza de mineros chilenos, en

las primeras décadas del siglo. Sonaba como un latigazo atroz que subvertía la sangre, como un negro badajo que se obstinaba en llorar.

De los más lindos momentos que pasé en el "Centro", uno de ellos vuelve con una fuerza y nitidez que opaca al resto: fue la visita que nos hizo Raúl González Tuñón. Su imagen la veo recostada contra una pared blanca, con un gallo rojo, pintado por un hermano de ruta. Y ahí estaba Tuñón, con su traje azul, canoso, algo tímido; nos miraba con afecto, alentando ese montón de sueños que era el denominador común de todos nosotros. Pero para mí, en particular, era la presencia de alguien con el que compartía ese sueño individual que significa la literatura. Era el padre que ya había recorrido el camino por el cual, yo, recién echaba a andar.

María Marta

No siempre las busecas suelen quemarse, pero ésta sí. Fue la que cocinara, estoicamente, don Salvador, y que Antonio achicharrara en su afán de apurar el servicio y conformar a los comensales. El hecho, tragicómico por la circunstancia, ocurrió en el salón que les cediera la Logia Masónica "Hijos del Progreso", ubicado en el centro de Avellaneda. Después de sofrenar la bronca y los insultos, pudieron comprobar que nada sabe peor que una comida ingerida sólo por compromiso. Asimismo, las peñas y los recitales, también se matizaban

con empanadas o chorizos "a la pumarola". Los hígados eran demasiado jóvenes y soportaban todo tipo de agresión alimenticia.

Carlos Orbe había venido de Coronel Pringles con su primo Pepe Ferreyra, lo mismo que Gregorini y la "Gallega" Isabel. Cantor y guitarrero de voz caudalosa y timbre particular, afinado, intentaba quedarse en Buenos Aires y si la suerte lo acompañaba, "pegar el salto". Para todos fue un ser humano que no se olvida, nunca. En los espectáculos se "prendía" con Julio Lacarra, que ya apuntaba para ser uno de los cantores más importantes de su generación, y también con el "Quinteto Tiempo","Trébol","Clave" y "Folk-4", de los entrañables Jorge y Daniel Chanal. ¡Qué modo de gozar el día en que invadió la sala el temperamento de la cubana Elena Huerta! Igual que cuando resonaron las "llamadas" candomberas del Chango Bongó. El entusiasmo crecía en los aplausos y gritos, mientras afuera, un concilio de estrellas hacía guiños cómplices. Ellas también, con desenfado, danzaban con la luna.

Pero un Jueves de octubre del '72, un zarpazo congeló las sonrisas: Julio Bruno había fallecido, súbitamente, en el colectivo que lo traía desde su trabajo. Fue un cachetazo en pleno rostro, una partida absurda. Poeta de patio con glicinas, caminador de los arrabales, emprendió el viaje sin retorno. Su corazón, brújula muerta, extravió su orientación de repente. Duele hondo, todavía.

El CCP abarcaba varias facetas, pero si tuviera que decir

en una sola palabra qué significó para mí, lo simbolizaría en un principio: Solidaridad. En él incluyo amistad, esfuerzo, militancia, alegría, miedos, despertares, audacias, entregas, crecimiento, compromiso. Y podía seguir así en forma ininterrumpida. A la distancia, me doy cuenta que todo eso no provenía de mí, sino del grupo humano que formaba el CCP. Sin embargo, también siento que algo me toca, pues como decía Borges "al fin, nosotros, somos gratamente los otros".

Robi

Atrás habían quedado "Cámpora al gobierno, Perón al poder", pues el líder, con su esposa Isabel como vice, había asumido la presidencia, con 78 años y la salud quebrantada, el 12 de octubre del '73. La "Triple A", al servicio de López Rega, había emprendido su juego de horror y muerte, protagonizado por monstruos que así saciaban el hambre, amparados en la impunidad que les ofrecían los aguantaderos del poder. "La masacre de Ezeiza", en junio de ese año, sería solamente el prólogo del genocidio que, con sabiduría artesanal, estaban preparando en contra de aquellos que pretendían embarazar a la sociedad de futuro. Porque éstos, con fervor, anhelaban un sol sin privilegios.

El teatro judío tiene la fortuna de atesorar la frescura y el humor que transmite Sholem Aleijem. Pero fue el autor de "La cadena de oro", Itzjoc Leibusch Peretz, uno de los clási-

cos de la literatura en lengua ídisch quien elaboró un estilo simple pero profundo, tanto en su obra poética como en su prosa. A él pertenece una frase que se hizo carne en el CCP: **"El teatro es escuela para adultos"**.Por eso trajeron a Pepe Bove para que dictara varios cursos y, también, a Alberto Vázquez, para que rescatara lo mejor de Chejov. Paralelamente, Trigo abordaba la dirección de "Los fusiles de la madre Carrar", drama con el que Justo, Isabel, Norberto, Lidia, Felipe, Robi y Carlos Alberto, recreaban el talento de Bertold Brecht. En su entorno, Noemí, Félix, Ana, Elsa, Trejo, junto con Lita, Julio, Omar y Marta, entre otros, configuraban una hermosa colmena donde no cabían zánganos ni reinas. A fin de que nada lesionara el sentido de este axioma, la gracia inefable de Daniel y el "Gordo" Míguez, resultaba, a todas luces, imprescindible. Todos ellos, en una actitud innata de autoprotección, mezclaban un sugestivo nivel de practicidad en las tareas, con un permanente llamado a la reflexión. Lo hacían de manera espontánea, poniendo el acento en el cúmulo de ideas que los unían y no en las características personales que podían separarlos. Mostraban, así, una manera de convivir no exenta de conflictos, pero basada en una estima notoria y el esquema solidario que los resguardaba de cualquier inclemencia o cerrazón. Amparaban el nido con perseverante vigilia, y sus impulsos los situaban, con un altruismo sin dobleces, en la humana fragilidad de cada compañero.

No era fácil. Habían peregrinado, sin importar obstáculos, uniendo lo coincidente, brasa a brasa, desterrando el maleficio de la adversidad. Podían sentirse satisfechos. Pero el tifón

se aproximaba y las aguas subían a la altura de los sueños. Para ahogarlos. Pero, ¿irse, dejarlo todo? Es cierto, no era fácil. Sin embargo, un día, doloroso si los hay, decidieron apagar las luces, esperando que las babas de la censura y el odio, material despreciable, fueran sólo una lluvia de estío. Recogieron sus pedazos, se apretaron uno contra otro, y cerraron por última vez, la puerta verde del CCP. Un cielo encapotado, amenazante, descorría los velos de la madrugada. ¿Por qué será? Pero siempre, en la hora del abandono, sólo rige la potestad de las tinieblas.

Rememoro con tristeza la mudanza del escaso mobiliario del CCP a un club de Sarandí, del que ni siquiera me acuerdo el nombre. Fue como ponerle un tapón a la historia. Sentí en ese momento como que algo se desgarraba, que nada era eterno, que todo se termina como en esa canción de"Tango feroz". Ese lugar que nos estrechaba y nos daba identidad, fenecía. ¿Será porque también se esfumaban las esperanzas? En ese instante se empezaban a truncar nuestros proyectos de forjar una sociedad más justa, y el Hombre Nuevo parecía más lejano. Entre tanta muerte, estábamos perdiendo la batalla.

Eduardo

Los años no transcurren en vano. Ahora, mirando hacia atrás, a uno lo cerca un enjambre de alusiones, crónica de un sobreviviente que lastima y deja una grieta sin obturar. Es como si pequeñas luciérnagas alumbraran el pensamiento, al-

terando, sin pausa, los rasgos más sensibles de nuestro espíritu. De ahí que uno intenta razonar: ¿Qué fue el CCP para quienes lo engendraron ? ¿Acaso una circunstancia vivencial, un hecho fortuito o el encuentro deseado, donde "crecer juntos" era algo más que una aspiración? El tiempo que ha pasado, duro y aleccionador, debe hacer meditar sobre el alcance humanístico que tuvo el CCP en cada uno de quienes lo amaron. Porque de amor se trata, sentimiento totalizador y el más excitante organizador colectivo. El amor, genio maravilloso que penetra por cada uno de los poros y es capaz de abatir montañas. Ese amor, manantial inagotable, seguirá recorriendo las venas de todos aquellos que supieron compartir en el CCP, **el pan, el vino y la esperanza.**

Sólo a ellos, a los que se convocaron para soñar en comunidad y repartir las penas y alegrías más allá de austeros triunfos y grandes derrotas, les está permitido llamarse de un modo casi litúrgico, hermanos, compañeros. Sólo a ellos. Sin titubear. Sin rubores.

Sinfonía calabresa

No en vano lo llamaban el "Zorro". Julio Argentino Roca había sabido ganarse el apodo en buena ley. Así fue que al asumir la presidencia de la Nación en 1880 bajo la consigna "Paz y Administración", se las ingenió para ahogar las disputas de las minorías que ejercían el poder mediante acuerdos espurios y diseñó, tal vez sin proponérselo, un ciclo histórico que proyectó al país hacia un venturoso siglo XX. En este marco de neto corte liberal, el aporte inmigratorio resultaba decisivo. Argentina configuraba un territorio desierto y la sentencia de Juan B. Alberdi, "gobernar es poblar", exigía abrir las fronteras para que ingresaran millones de hombres y mujeres que buscaban un lugar donde mitigar el hambre y calmar su sed de justicia.

A pesar de las transformaciones realizadas en el plano institucional, tales como la instauración del Registro Civil, la ley 1420 de Educación obligatoria y gratuita, y la que estableció el matrimonio civil, lo cierto es que el fraude y la corrupción existentes componían un dúo de oro en la médula de la República. La gran inflación y la crisis financiera que generaba, se tornaban factores determinantes para el estallido de enfrentamientos sociales y la aparición de graves contradicciones en las entretelas de la sociedad. De ahí que el 1° de

Mayo de 1890, cerca de tres mil trabajadores se reunieron en el Prado Español para rescatar la fecha que instituyera la Internacional Socialista y, además, con el propósito de construir una organización representativa de los intereses de los obreros. Casi tres meses después, las calles de Buenos Aires fueron el epicentro de sucesos que tensaron la cuerda hasta el paroxismo. Lentamente, otros hombres con visiones distintas, se iban abriendo camino con la fuerza de la razón y de la pólvora.

La bruma del río enturbiaba el aire de la ciudad y el día se avizoraba húmedo y frío. Denso, gris. En la madrugada del 26 de julio de 1890, los habitantes de la Gran Aldea eran despertados por los estampidos de los cañones y las descargas de los fusiles. Había estallado la Revolución. Miguel Juárez Celman, primer mandatario de un país hundido en la venalidad y el desprecio, comenzó a percibir que sus horas estaban contadas. Leandro N. Alem llegó al Parque de Artillería a las tres de la mañana y se hizo cargo de la conducción política del Movimiento, cuya jefatura militar recayó en el general Manuel J. Campos. Por su parte, el teniente de navío Eduardo O'Connor, se puso al frente de los buques de la armada sublevada en el puerto. Enfrente tenían, encabezando las fuerzas gubernamentales, a Carlos Pellegrini con su enérgica decisión y el coraje que transmitía el general Nicolás Levalle.

El valor se puso de manifiesto en ambos bandos, pero la muchachada civil de Buenos Aires, más guapeza que ex-

periencia combativa, llevaba en su pensamiento la honestidad de Alem y la palabra encendida de Aristóbulo del Valle. Mucho se ha tratado de explicar la derrota de la Revolución, gestada sobre todo por la pequeña burguesía y estudiantes universitarios porteños, mientras se avistaba la ausencia de una clase trabajadora que recién empezaba a estructurarse. Pero es conmovedor que un político del moribundo siglo XIX, devoto de las Artes y con limitado sentido práctico, se convirtiera en el guía de una rebelión que ya afloraba en las parroquias de la urbe que se elevaba junto al estuario, y en los campos donde el sol custodiaba la riqueza de una tierra nutriente.

Cuando abandona el Parque, Alem es un fantasma que retorna hacia su domicilio de la calle Cuyo (hoy Sarmiento) en demanda de sosiego, como un albergue inestimable para la orfandad que lo apresaba. Pero no era un vencido. Los ideales que palpitaban en sus venas, ya no eran patrimonio sólo de él. Se agitaban en el corazón del pueblo. Apenas una semana después, herido de muerte aun en el triunfo, Miguel Juárez Celman presentaba la renuncia como Presidente de la Nación. La conducta de Alem, abogado, bohemio y utópico según sus detractores, pero "bravo hasta la temeridad y desinteresado hasta la miseria", fue la que se alzó desde los cantones del Parque, con la insobornable bandera de la victoria.

La epidemia de fiebre amarilla que asoló Buenos Aires en 1871, impulsó el éxodo de los núcleos tradicionales hacia el

barrio norte, los que abandonaron sus edificios obsoletos de la zona sur, cuyas construcciones eran muy deficientes. Una ciudad no preparada para recibir el torrente inmigratorio, vio cómo los nuevos moradores se trasladaban desde el Hotel de Inmigrantes, a ocupar las múltiples piezas de las antiguas mansiones. Así nació el conventillo, improvisadamente, sitio donde se afincaban la miseria, el hacinamiento y la promiscuidad. En él convivían los parias de todas las nacionalidades y por el aire maloliente del mismo, se cruzaban gritos y maldiciones expresadas en todas las lenguas. Para esa época, San Telmo tenía 152 conventillos con no menos de treinta cubículos, numerados cada uno, los que cobijaban un promedio de cuatro personas por ambiente. Un universo lúgubre, sucio, nauseabundo foco de infecciones donde la inescrupulosidad de los propietarios, explotaba sin piedad a seres desamparados recién llegados a este suelo, analfabetos en su mayoría, los que balbuceando apenas el idioma mordían su impotencia, bebiendo las penas a escondidas de sus hijos. Brutal ironía de la vida: con el transcurso del tiempo, sobre las espaldas de estos hombres, se fue edificando la patria de los argentinos.

Giuseppe Graziano era un calabrés de Catanzaro y tenía sólo veinte años. Hacía tres que había llegado a estas costas del Río de la Plata, pero contaba con el cariño incondicional de sus paisanos, guarecidos como él en ese claustro de San Telmo. Con esfuerzo, ahorrando sobre el hambre, se había independizado: vendía quesos por cuenta propia en los suburbios de Buenos Aires. El negocio marchaba viento en popa,

aunque algo le faltaba. Sí, tendría que buscarse una novia, casarse, formar una familia. Los dos cuartos contiguos al suyo estaban arrendados por "los Venneri", el matrimonio y los cinco hijos. A él lo seducía Balbina, que por entonces ya había cumplido quince años. Morena, tímida, tenía una sonrisa permanente en su cara y esa "polenta" de los meridionales. Ella lo contemplaba con disimulo cada vez que coincidían en el patio y él sospechaba que alguna cosa le decía a Rossina, su hermana. Presentía que hablaban de él. Una tarde, cuando Balbina se dirigía con un atado de ropa hacia los piletones, la detuvo. Ella vaciló al principio pero permaneció quieta, escuchándolo. A los pocos minutos, ya se reían con esa candidez inexplicable que es patrimonio de los jóvenes. Tal era el encanto que emanaba de ese instante, que las vecinas curioseaban la escena con alegría desbordante, como si hubieran estado aguardando este encuentro furtivo. Por eso, igual que en la aldea lejana, la noticia corrió de boca en boca y todos festejaban que **"Balbina, la figlia di Venneri, é la fidanzata di Giuseppe"**.

Avellaneda en 1910 era todavía una convocatoria a la aventura, donde Alberto Barceló y sus hermanos, componían el vértice de la pirámide. Todo circulaba a través de ellos y sus amigos. Por supuesto, los suyos no eran nombres patricios. Pero la oligarquía, con astucia, los consideraba servidores propios, porque por medio del engaño y la expoliación, posibilitaban que "los dueños de las vacas y las tierras", ejercieran el poder efectivo. Barceló es un hombre recoleto, guardián de las buenas costumbres, carente de instrucción pero

ladino, cauteloso. No se le pidan enunciaciones teóricas ni siquiera una sencilla reflexión en torno a un tema que, incluso, pueda interesarle. Sin embargo, nació con genes de caudillo, es el que manda. Y para su satisfacción, en la ascendente capital de la industria.

Mientras la Compañía"Tranvías Buenos Aires y Quilmes" garantizaba con su línea 22 el recorrido entre ambos lugares, la firma "Antonio Fiorito y Hnos.", bosquejaba la realización en Quilmes de "un balneario con una gran rambla y comodidades". También el club "Pueblo Unido", con la firma de su presidente Ramón Mignaburu, y su vice, Alberto Barceló, invitaba al té que habría de servirse en el 24° Aniversario de su fundación. Momento del Centenario, en el que uno podía agasajarse en la Confitería "Jockey Club" de Avenida Mitre 212, con café, té o chocolate, escoltados con pasteles o churros. Tiempo en el que las Carnicerías "La Negra" publicitaban sus puestos de venta al público, con los precios que oscilaban entre 0.30 centavos el kilo de asado a 0.25 el de cuadril o huesos para puchero a 0.01. Por si las moscas, "Viuda de Corradi e Hijo", ofrecía su asistencia fúnebre por sólo $150,con cuatro caballos, derecho a cajón negro y aviso en el diario "El Pueblo". Por todos lados, inquieta, Avellaneda rendía culto al progreso y las altas chimeneas le daban un color distintivo a su paisaje. La Cía. Gral. de Fósforos contenía a más de 5.000 obreros, el frigorífico "La Blanca" a 2.500, el "Wilson" más de 1.000 y miles de trabajadores madrugaban para concurrir a centenares de establecimientos de todo tipo: tejidos, cristalerías, jabón, metalúrgicos, barracas y

curtiembres. Ciudad contradictoria que avanza y retrocede, civiliza y tortura, y en la que reina una dinastía imperturbable, un nepotismo no ilustrado. Con agudeza, el diputado socialista Enrique Dickman, argumentaba en el Parlamento: "Es un verdadero escándalo en Avellaneda, fomentado por la situación local y tolerado por el gobierno de la provincia: el prestigio de los caciques de Avellaneda proviene, precisamente, del prostíbulo".

Giuseppe necesitaba un depósito para sus quesos. Tenía ya un comercio en Martín García y Azara, frente al Parque Lezama, pero carecía de un espacio grande, fresco. ¿Dónde hallarlo? Pensó en irse para Barracas al Sud, pero al enterarse los paisanos, lo hicieron dudar: **"A Avellaneda, sono tutti ladri"**. Consultó con su mujer. Balbina, ahora con siete hijos, cinco mujeres y dos varones, lo seguiría hasta el mismo infierno si fuera necesario. Giuseppe no meditó más y en el apogeo del Centenario, emprendieron la marcha, cruzaron el Riachuelo y se aposentaron en la casilla que habían comprado. No sabían el motivo, pero el barrio se llamaba Crucecita.

En 1914, Adela estaba terminando sexto grado en la escuela Nº 1, ubicada frente a la plaza Alsina. El padre muy feliz, porque su hija pretendía ser maestra, una vocación que cautiva a la niña. Al gringo la idea lo entusiasmaba. Había trabajado tenazmente desde que llegó a estas playas, pero los árboles, bien plantados, iban dando los frutos anhelados.

Adela salió de la librería rumbo a su casa, viendo que la gente corría excitada en dirección de la avenida. Se hablaba de un accidente en el que un hombre habría muerto, víctima de una tropilla de caballos que lo arrolló al bajar del tranvía. Conmocionada, narró a su "mamma" lo que sabía respecto a la tragedia, pero Balbina se esmeraba en avivar las llamas que ardían en el brasero. Giuseppe quería cenar temprano porque lo esperaba mucha tarea en el depósito. Los chicos lo ayudarían a clasificar la mercadería que había entrado a la mañana. Pero unos golpes fuertes, nerviosos, dados con el llamador de la puerta de calle, la sorprendió: un vigilante preguntaba por la señora Balbina Venneri. En medio de un silencio que lastimaba, ella miró a sus hijos con los ojos del pánico. De pronto, inesperadamente, hasta el mismo fuego optó por apagarse.

Sola. Ella había apostado, siempre, al estilo sin trampas de Giuseppe. Y ahora sentía que estaba sola, solo su corazón, sola su alma. Sus hijos eran pájaros hermosos, como aquellos que en el verano revolotean alrededor de las torres, pero la atrocidad de esta caída la arrinconó contra un cielo en llagas. Tendría que obturar las heridas y acumular los recuerdos en el granero de la memoria. Ella se había despertado con la muerte de Giuseppe rozándole los labios y hoy la acosaba este adiós sin aviso, como un lamento que huye por absurdos atajos sin salida. Todo es llanto y espinas. La soledad es un guijarro atado a la cintura y deambula por las arterias con los pasos extraviados, como si intentara evadirse de un dios desco-

nocido y de las ráfagas complejas del otoño. Tendrá que aprender a vagar huérfana de abrazos, con las sábanas secas, desvelada de amor por tanto daño. Ella no puede perdonarle a Giuseppe la sinrazón de este viaje insólito, ni el horizonte sin límites que desnuda su lecho. Pero a la muerte, esa vestal indigna, la hostigará con los tizones del alba, para penetrar de luz su complot de sombras. Estatua de sal, su crueldad no admite indulgencias. Para ella, ni olvido ni perdón.

Cuando Fulgencio Batista huía en avión hacia la República Dominicana, La Habana se llenaba de barbudos liderados por Fidel Castro aquel 1° de enero de 1959. Se respiraba un genuino éxtasis revolucionario y el gobierno provisional empezaba a delinear un programa cimentado en cuatro aspectos fundamentales: Reforma Agraria, democratización de Cuba en base a la soberanía popular, Justicia Social y Alfabetización. Era la primera revolución con esas particularidades en el continente y, además, la que se atrevió a romper los lazos que ataban a la isla con Estados Unidos. El mundo, sobresaltado, oteaba los sucesos entre azorado y complacido.

La Academia sueca otorga en este año al poeta italiano Salvatore Quasimodo, el Premio Nobel de Literatura, en tanto "Ben Hur" obtiene el "Oscar" de la Academia de Hollywood. Pero la Argentina también era parte del planeta. Aquí, David Viñas, es elogiado por su novela "Los dueños de la tierra"; asimismo, el movimiento teatral independiente se dinamiza: "La Máscara", "Fray Mocho" y "Nuevo Teatro", son símbo-

los de una concepción que cambió el sentido integral del acto creativo. Es un período sensible, con lluvias y soles. Una batahola política estalla, cuando trasciende el pacto Perón-Frondizi que sirvió para que el peronismo votara a la Unión Cívica Radical Intransigente(UCRI) en las elecciones presidenciales. En el campo sindical, la huelga bancaria paraliza los mercados financieros por más de sesenta días, pero al fracasar, miles de trabajadores son cesanteados, preludio del giro antipopular que adoptaría el gobierno de Arturo Frondizi.

Atilio Fernández era un vecino de Gerli y desde allí fue catapultado hasta lograr la intendencia de Avellaneda, participando del éxito de la UCRI a nivel nacional. En esos días, el comentarista Mariano Perla discurría ideas en "Veladas de Estudio", legendaria entidad de Piñeiro, y Crisólogo Larralde, prestigioso dirigente radical, desmenuzaba las implicaciones del sindicalismo en las charlas que realizaba en instituciones del conurbano.

La agrupación de Arte"Sur" que aglutinaba a muchos artistas plásticos de Avellaneda, cedía su tribuna al doctor Samuel Mallo López, y en el Teatro Roma, los hermanos Esteban y Juan Serrador se lucían en "¿Conoce Ud. La Vía Láctea?". Una novedad concitaba la atención de los hombres y mujeres de la cultura local: por gestión del diputado nacional Dante Tortonese, la Asociación Gente de Arte consigue una fracción de terreno ubicada en las primitivas vías del ferrocarril a Ensenada, para que construya la sede social propia. Júbilo y gemidos de un año que nos situaba en el umbral de los '60.

Década apasionada que arropó a una generación entre triunfos y derrotas. Y supo enseñarle que sólo cuando se lucha por utopías, es posible honrar la vida de los hombres.

El "cuore" estaba harto de fatigas. Años enteros derramando pétalos de hermandad, habían acumulado un auténtico rosario de angustias que lo minaron sin pausa. Había sido el motor principal de una dulce viejita calabresa que no supo de maldades y ahuyentó, sin pregonarlo, cualquier atisbo de rencores. Así distribuyó, sin cuotas, el cariño que solamente anida en quienes tienen el espíritu a prueba de huracanes. Ahora está ahí. Con los brazos en cruz y la bondad despierta en cada ademán, incluso en el rictus extraño que asoma entre sus cejas. Y a uno le duele esa ronda sin consuelo que desafía al silencio. Sólo se puede intentar una sonrisa, cuando ella acaricia el vientre de arrayanes de su nieta embarazada y le susurra al oído: "questo 'e un maschio". Conmueven sus ojitos socarrones, las manos arrugadas y el cabello gris, abundante y lacio. ¿Serán así los serafines cuando pisan el ocaso? ¿Besar su frente será una forma de decirle como nunca y un "addío" con obsesión de regreso? Quizá podamos, todavía, explorar el recuerdo de las incontables camisetas de fútbol lavadas en "la pileta del fondo" y de "la raya" impecable del primer pantalón largo o aquellos mates cebados bajo la tutela del parral, al tiempo que escuchaba en la radio-capilla, con celoso interés, el novelón sentimental de media tarde. Salpicando la retina, también habrán de permanecer los infaltables tallarines del do-

mingo, los que navegaban con pericia marinera en un océano de tuco, contenido en la extenuada cazuela de barro, objeto de culto, fetiche de leyenda.

A veces, en esos días en los que uno "no da pie con bola" y la desazón emponzoña las horas, acuden en ayuda algunos geniecillos ausentes. Entonces, con su andar cansino, como quien pide permiso, la imagen de aquella tanita de cutis ajado retorna con la sonrisa abierta, igual que los chicos cuando se tienden suavemente sobre la hierba. ¿Comprenderá que uno la necesita así, de cuando en cuando? Porque la "nonna" es un duende sin misterios que desde la galaxia en la cual reposa, suele enviarnos bichitos de luz para iluminar nuestros crepúsculos. Para que archivemos las solemnidades, respiremos profundo y terminemos de transigir con la impudicia. Por las dudas, habrá que dejarse tumbar por las veredas. No sea cosa que una mañana empapada de jazmines, con un puñado de sol y una rayuela, se le ocurra llegar con sus alforjas de amor sobre los hombros, para soliviantar de gritos las esquinas. Los puros de corazón suelen regresar en brazos del asombro.

Un largo fin de semana

Venía caminando por San Martín y al llegar a Italia dobló, dirigiendo sus pasos hacia Belgrano. Avellaneda se despertaba acosada por una llovizna persistente. Tenía que ir hasta el "Fiorito" y retirar unas placas que le habían sacado a una de sus hijas. De rutina, porque completarían el legajo del Instituto del Profesorado de Educación Especial. Cruzó la avenida y se metió en el hospital. En la recepción le indicaron el piso correspondiente y al consultar en éste, la empleada le comunicó que "los doctores quieren charlar con usted". ¿Conmigo?, preguntó. Subió por la escalera, donde estaban los consultorios externos. Lo esperaban dos médicos que observaban las radiografías colgadas en la pared. Luego de los saludos, uno de ellos le dijo"no se asuste, pero aquí, ve... no, no, aquí en esta zona... eso es, aparece una mancha en el pulmón, pequeña, pero...". Avanzó en la explicación, cuidando las frases, pero él no lo escuchaba. ¿De qué boludez habla este tipo?, pensó. ¡Si la "Negrita" tiene sólo dieciocho años!.. Pero... ¡qué carajo pasa!, murmuró para sus adentros. Habían dispuesto hacer una seriada "y el martes, después del feriado, las hacemos ver por nuestro jefe. El lunes es 25 de Mayo y no se atiende...¿de acuerdo?".

Salió al patio en busca de aire, con el corazón a punto de estallarle. ¿Qué ocurre, Dios?, insistía. Justo en ese instante lo vio Omar, en esos años visitador médico, pero era, por sobre todo, un amigo. Se asustó al verle la cara y le preguntó: "¿Qué hay, hermano?". Mientras tomaban un café en el barcito, él reseñó el problema. "Pero... vos sabés cómo son estas cosas -dijo Omar- te juego lo que quieras que hay un error". El argumento no lo convenció. Luego, en la oficina, compartió su dolor con Blanca, Ricardo y Federico. Sus compañeros le pidieron calma, todo se iba a arreglar. Percibía la solidaridad de ellos en cada gesto. Ahora, tendría que explicarle a la piba que "salieron mal y tenés que hacértelas de nuevo, mañana sin falta, y esperar hasta el martes... por el feriado, ¿te das cuenta?". Asimismo, resolvió no decir nada en casa, a nadie, ni a su mujer. ¿Para qué preocuparla? Para las penas, no hay apuro. La semana que viene, se verá...

¿Qué haría con su hija? No tenía más remedio que llevarla al sanatorio. Tres años, apenas la estatura del asombro y la madre a punto de traerle compañía. Tomaron el colectivo y se fueron a Wilde. Los suegros se habían ido ya en el viejo Plymouth, adelantándose. Ni bien pisó el umbral, le avisaron que se acercaba el momento. Alejandra fue a parar a una habitación donde una paciente se reponía, para que allí la entretuvieran. "Me dieron pizza y Coca, 'pa", balbuceó después. Como él ya no fumaba, aguantó la espera a fuerza de chocolate y caramelos. De la entrada del quirófano emergió una sombra blanca que, sonriente, le informó "tenés otra chancleta y con cuatro

kilos ochocientos... una gordita macanuda. Las dos están bien...". Apretó fuerte aquellas manos educadas para preservar vidas, porque más allá de su reconocida profesionalidad, aquel hombre era un humanista en serio, sin atajos.

Estaba eufórico y bromeaba con su gente, respecto a su porvenir, rodeado siempre de mujeres, cuando apareció su esposa con la nena en brazos. Alejandra, anhelante, quería ver a su hermanita, pero ésta sólo reiteraba un sollozo seco, cortado, oscuro como su pelo. Por su parte, él reparó en esa muchacha tan querida, increíblemente suya, y besó por primera vez a Analía. El nudo en la garganta, denso, parecía atado por rudos marineros. Creyó que se ahogaba. Imprevistamente, una suave brisa comenzó a dibujarle arlequines en la sangre. Los pequeños vagabundos, con alas desplegadas, agitaban cascabeles de amor. Ruidosos, le sacudían el alma.

El sábado y domingo habían pasado. Lentos, pesados. No sabía cómo explicar a los suyos que se levantaba de madrugada para analizar algunos temas. ¿Escribir? Ni pensarlo. Sumó mil veces los azulejos que adornaban la cocina. ¡Cómo lo hizo sudar Osvaldo Otero, el arquitecto, para encontrar ese diseño! Ahora sonreía, pero en aquel instante... Lo asaltaban los fantasmas, por más que pretendiera expulsarlos. No podía dormir, naufragándole la coherencia, el equilibrio. La soledad dicen que es mala consejera, pero la suya, también se vestía de lágrimas. No conseguía evitarlo. Lo veían deambular

en silencio y no entendían el porqué de ese estado de ausencia. "¿Te sentís mal?", le consultaban sin cesar. Por si fuera poco, este lunes se estiraba como una goma... ¡Vaya Día de la Patria! Le dolía todo el cuerpo y la cabeza le explotaba. Por la noche, aguardando el alba del martes, se acostó abrazado a su compañera como si fuera la primera vez. Era inútil. Analía era una visión recurrente, con el rostro humedecido. En el sueño, los ojos de su hija parecían dos perlitas negras, azotando de adioses la ventana.

Recién eran las ocho de la noche. La avenida Corrientes, "la que nunca duerme" según los nostálgicos, bullía con la multitud. Es que 1974 era uno de los años trascendentes para los argentinos. Una alegría, sin tregua, trepaba audazmente por las calles, contagiando al más pintado. Cuando prendieron las luces del cine, el público, de pie, atronó la sala de cantos y gritos: "La Patagonia Rebelde", su tragedia reflejada espléndidamente, coincidía con el clima que vivía el país. Uno abandonaba el local odiando a Héctor Alterio, intérprete magnífico del Coronel Varela, represor de los obreros del sur. Todos terminaban muy conmovidos. Pero el colmo del día, fue que al pisar la vereda, vieron avanzar hacia ellos en campera de cuero, un cigarrillo en los labios y el diario debajo del brazo, al mismísimo Alterio. Una casualidad extraordinaria. Alejandra y Analía brincaban de gozo. El actor las saludó amablemente. Fascinada, luego de pasar una tarde inolvidable, la familia regresó , feliz, hacia la tibieza suburbana de su barrio.

A los pocos días, la "Negrita", que cursaba el 7° grado en la escuela N° 22, tuvo que relatar a sus compañeros el suceso que, últimamente, más la hubiera cautivado. De esa manera, sagazmente, la maestra trataba de incentivar la imaginación de sus alumnos. Analía habló sobre "La Patagonia Rebelde". Rescató tramos del film, evocando las luchas de los trabajadores. Por supuesto, la cinta, su carácter, era tarea difícil para alguien de su edad, pero esos acontecimientos nefastos habían calado hondo en ella. Concluyó su intervención repitiendo el mensaje final de la obra: "Todo esto ocurrió por haber luchado, simplemente, por un pedazo de pan". Un silencio que lastimaba siguió a sus palabras, quebrado por un aplauso cerrado de sus compañeros. Gotitas inesperadas atoraron los ojos de Analía, mientras la maestra, complacida, guardaba para sí la sensibilidad de su alumna. A partir de ese momento, la "Negrita" supo de la existencia de escritores de la literatura universal, Stendhal por ejemplo, el creador de "Rojo y Negro" y "La Cartuja de Parma". Porque alguien se encargó de revelarle ese mundo apasionante: Graciela Deibe, una joven e inquieta docente de una escuela primaria de Avellaneda.

El reloj sonó a las seis. Martes. Al afeitarse, el espejo le devolvió una imagen demacrada, ojerosa. Se bañó rápido y antes de vestirse, tomó unos mates. Su mujer entró a la cocina:"¿Adónde vas a esta hora?" Fraguó excusas. "El trabajo... la oficina está imposible". A las diez en el hospital, pero él llegó con anticipación. Tardó un rato el clínico. Pero

ahí estaba. Lo hizo pasar, muy atento. "Bueno, le pido que comprenda. Algunos colegas jóvenes suelen apresurarse, ¿vio?". Le explicó que no había motivo para alarmarse. "Su hija no tiene nada, absolutamente. A esto se le llama calcificación, y está alojada en la cuarta costilla del hemitorax izquierdo. No existe problema, ninguno". Respiró hondo, se despidió y corrió a ver a su médico, para corroborar el diagnóstico. "No te preocupés más, no es nada. Dalo por terminado". Lo abrazó y salió disparado para su casa. Mediodía. En el comedor se hallaba toda la tribu. Los sorprendió su presencia. Sin demora, describió lo ocurrido detalladamente. Lo interrumpió Analía: "Supuse que algo raro ocurría. ¿Así que alguien viaja conmigo por la vida? Le pondremos "Alien", como en la película..." Sus comentarios relajaron un poco el clima que se había formado. Pero fue apenas el medroso andar de un niño ante el misterio. Súbitamente, él ocultó la cara entre sus manos, se apoyó sobre la mesa y comenzó a desatar un vendaval de aullidos que huían sin pausa ni destino. Sus mujeres, como le gustaba decir, lo miraban absortas. No era para menos. Porque él, con su voz ya disfónica por la descarga, continuaba apedreando, sin piedad, las puertas de la muerte.

La profesora de música se dio por vencida. En ninguno de los textos que poseía, figuraba ese compositor. Preguntó a colegas, pero ninguno lo conocía. No obstante, por las dudas, resolvió "hacerse la tonta" y dar por aprobada la monografía. Se trataba de una buena alumna y merecía la nota. Sí, le pondría diez. Marcelo y Analía habían juga-

do una apuesta. Ella, por sugerencia de Robi, inventó la existencia de un músico, Fedor Chedovsky, haciéndolo nacer en Leipzig, Alemania. Asimismo, indicó que una de sus obras más importantes era la titulada "Los dorados cabellos de María Elena", contando, además, anécdotas de este personaje inexistente. Todo estaba madurado por la insolencia habitual de los adolescentes y sólo tenía el propósito de "probar" a la docente. Como es natural, las risas de Marcelo crecieron hasta el infinito, cuando vio el boletín de la"Negrita": Música, diez. Todavía hoy, luego de tantos años, cuando el ahora director de TV, Marcelo Feliz, único testigo del hecho, le envía una tarjeta de saludo para Fin de Año, agrega siempre una posdata: "saludos a Fedor". Este humor que no lastima, resume la actitud desprejuiciada y fresca de esta muchacha en flor, alta y morocha, bien argentina. En esa época, Analía seguramente no pensaba que con el paso del tiempo, convertida en maestra de discapacitados y como si fuera un pasajero sin sol como ella se define, iba a recorrer las villas de la ciudad en que nació poniendo las "patas en el barro". Y de esa manera, atendiendo a sus alumnos enfermos e imposibilitados de concurrir a la escuela, les entrega, tarde a tarde, el motín estremecedor de su ternura.

30 de mayo, sábado. Resultaban casi lejanos y pertenecientes a otra dimensión, los terribles días que había padecido. Ahora estaba bien. Además, hoy festejaban su cumpleaños. Recorrió la biblioteca: los libros y revistas, desordenados, asomaban de los estantes. Configuraban la bronca cotidiana

de su mujer, pero a él le gustaba tenerlos así. Se puso a revisar la correspondencia y algunas publicaciones del exterior. Recordó que había prometido a Antonio concluir el texto de "Vidalinda de la Adela y el José", aunque planeara darlo a conocer el año próximo. Narrar la historia de sus viejos no era "moco de pavo". De pronto, se detuvo en un sobre que no había llegado por correo."¿Y esto?". Lo abrió. Cuando leyó el contenido, oprimió el papel como quien pretende tocar latidos no violados o regodearse en una hermosa tierra en sed, dulce, habitada solamente por árboles que ansían primaveras. Caminó hacia el balcón, sumergido en un mar de emociones que lo abrumaba. Desde allí, echó un vistazo sobre el bullicio mañanero de la calle. A pesar del otoño, un rayito de sol se empeñaba en derramar, con bizarría, la gracia de su luz por el asfalto.

En algún momento (y si no te gusta ya no importa), lo vas a leer, estoy segura. Quizá lo encuentres entre las hojas del libro de Howard Fast, el que tenés en la mesa de luz y que devorás todas las noches, o mientras escuchás ese cassette de Serrat que te está volviendo loco, o sólo en el momento de hablarnos a Ale y a mí del tiempo nuevo, ese que vendrá. Bueno, cuando lo hagas, no te rías de mi facha de escritora, que le roba un ratito a este sábado de otoño para poder pensarte...

Hoy, ahora,
que no sé bien qué nombre
o qué voz podrán surgir de mi luz

y de mi noche,
noto con furia que se vinieron los días
y me cantaste fuerza,
quise escribirte antes y me costó, te lo confieso,
pero llegó el momento de decirlo,
te quiero, papá,
y quiero tus poemas, y hasta tus broncas,
y también tu pullover,
el azul,
y siento que me tira con todo tu sangre.
Como nunca, viejo.

Analía

FELIZ CUMPLEAÑOS
30 / 5 / 1981

Nota: Saludos de Alien (y gracias por bancártelo conmigo).

Ana

De ruiseñores y cuervos

Costaba pelar las cebollas porque los ojos se irritaban, saturados, se tornaban llorosos. Le había tocado el peor laburo. Sin embargo, la "Negra" Ana María adoptaba la mejor"pose" ante la mirada comprensiva de la suegra de Daniel. Pobre Jorge, se dijo, joda en casa del hermano y no poder venir a comer el asado. Pero la panza de Mónica ya no da más, la santa... Si es varón le van a poner Lucas y seguro que sale músico como el padre o algo así. Además, en confidencia, le chimentaron que Verónica parece que está "de encargue" también. Crecen los Chanal, carajo. Miró por la ventana el campito. El sol de mayo se distendía en la hierba y las risas de los muchachos, jugando al fútbol, se colgaban, atrevidas, de los árboles. Añosos, pero firmes. Mañana ensayaban en la Federación de Sociedades Gallegas para afinar el repertorio, porque en dos semanas actuaban. ¡Qué lástima! Por una cosa o por otra, la cuestión es que la única del conjunto que había venido hasta Hornos era ella. ¿Quién habrá encendido la radio? Todo el día hablando del Mundial... y bueno, ya falta poco para que empiece. ¿Argentina campeón? Y qué sé yo, a lo mejor... Si no fuera por las ganas que tiene la gente... ¡Ojalá que a los milicos se les haga mierda el asunto! Hijos de puta... ¿Y ese quilombo? Eh... ¿qué pasa ? "¡Al sue-

lo, guachas!", chilló una voz aguardentosa. ¡Dios mío!, bramó la "Negra", mientras una bota, pisándole la nuca, le hacía besar las baldosas de la cocina. Las lágrimas le iban brotando como de un surtidor inagotable y un dolor intenso le oprimía la boca del estómago. No podía razonar y la cabeza le daba vueltas, en blanco. Se quebraban las puertas a fuerza de patadas y los platos y cubiertos volaban por el aire, cayendo estrepitosamente. El corazón, un fuelle loco, se le partía en mil pedazos. Después de un lapso prolongado, entre rugidos e insultos, advirtió que traían a Daniel a los golpes y lo introducían en la habitación que está lindando con el patio, donde ya estaba Verónica. Sus gritos largos, roncos, herían las paredes, atónitas, ante ese testimonio truculento. El infierno, pensó Ana María. ¿Mamá? ¿Dónde? Creía que todo llegaba a su fin. Como si un telón bajara de repente. Pero aquí no habría aplausos. Sólo el torrente maligno de la iniquidad.

En el patio de Haedo una mañana
oí que te nombraban por primera vez
supe que eras marino y que viajabas
y que vientos extraños te debían traer.

Desde la canchita se podía divisar la entrada. Por eso, cuando llegaron los Falcon y la furgoneta, al mirar a todos esos tipos que bajaban de ellos atropelladamente, saltando cercos y ventanas, se acabó el partido. "¡Rajemos!", gritó uno. Y fue el desbande. Daniel supuso lo peor. Pero, ¿por qué ahora? No obstante, por instinto, corrió cuanto le dieron las piernas y por ahí, al ver una zanja medio profunda, se tiró dentro de

ella. El sitio no era muy cómodo pero ese momento no admitía exquisiteces. Allí trataría de esconderse hasta que se marcharan. Se encogió hasta quedar en posición fetal. Sobre todo, entendió que no tendría que hacer ruido. Y allá, ¿qué estaría ocurriendo?, se interrogó. Justo cuando la vida tomaba otro rumbo para él y "la flaca": de regreso a la facultad, el canto... y hasta esas artesanías que tanto lo copaban. Además, le permitían sobrevivir. Como broche, esa presunción de que Verónica le iba a regalar lo que él deseaba desde el primer día en que la hizo su mujer. ¿Se les dará esta vuelta? Sus viejos se pondrán chochos si la noticia se confirma. Verónica ya le adelantó algo a la madre y, especialmente, a Hilda y Roni, porque en una de esas se convierten en tíos cuando menos lo esperan. Pero, ¡qué húmeda está la tierra!, murmuró. La noche anterior había llovido, pero él ni se enteró. Se fueron a la cama temprano y durmió como un tronco. Al recordarlo, esbozó una sonrisa. Porque, previamente, charló mucho con Verónica, mimándola, antes de hacerle el amor como si fuera la última vez. ¡Qué pensamiento boludo!, se reprochó. Ellos eran pibes todavía y tenían todo el tiempo por delante. Pero, ¿se habrían ido ya sus visitantes? No se oía nada. Si aún estuvieran hurgando -se convenció- habría un despelote bárbaro y se escucharían voces. El silencio le indicaba que no era así. Era espeso, casi cruel. No aguantó más. Estiró los pies y, lentamente, fue asomando la cabeza. Entonces su vista se encontró con un rostro siniestro que lo observaba triunfante, y una Itaka, lustrosa, apuntaba al centro de su frente.

Soñé con tus gaviotas desplegadas

te sentí misionero del amanecer
y un día cuando menos lo esperaba
entraste en esa puerta y te empecé a querer.

En el invierno del '80, la Argentina, presa de una dictadura sin escrúpulos, caía humillada al puesto treinta y tres en la nómina de países con menor índice de pobreza. Avanzando entre muertos y desaparecidos, José Martínez de Hoz, desde el ministerio de Economía, proseguía con su tablita y la "plata dulce" resplandecía en los mostradores de la city porteña, el Once o Miami. Asimismo, cerraban bancos y empresas financieras, y los indicadores económicos señalaban que se habían evaporado, sospechosamente, más de 500 millones de dólares de las reservas nacionales: servirían para alimentar los bolsillos de los traficantes de armas, ante la posibilidad de una guerra con Chile por el Canal de Beagle. La irónica frase del general Galtieri, jefe del Ejército, "las urnas están guardadas y bien guardadas", burla grosera a las aspiraciones colectivas, se mezclaba, en una cotidianidad que aturdía, con el talento de Gabriela Sabatini, la ramplonería del teleteatro "Rosa de lejos" y la aparición de la TV-color. A pesar de esta ordalía de sangre y abatimiento económico, la mayoría de los 28 millones de habitantes que reflejaba el Censo realizado, despabiló su modorra y festejó un acontecimiento protagonizado por un compatriota: el escultor Adolfo Pérez Esquivel, recibía el Premio Nobel de la Paz.

En las sierras de Córdoba, una tarde,
trepamos a tu barco y nos fuimos en él...

Por tus aguas tranquilas navegamos
Jorge, vos y mis sueños y hoy te encuentro de pie.

El mes de julio, apogeo de un clima bastante riguroso, se arrimó a la "Manzana de las Luces" para ver ingresar a hombres y mujeres complotados en estimular la convocatoria de "Folkanto", una nueva conjunción de cantantes liderados por Jorge Chanal, quienes no abandonaban sus ilusiones y, a pesar de la gravedad de la censura, arriesgaban un catálogo de temas que enlazaba la más fina técnica vocal, con las aspiraciones de los que no se resignaban, de aquellos que seguían protegiendo el ansia de libertad. Pero esa noche tenía un matiz especial. Porque estrenarían la canción "Tío Miguel", con letra de Daniel y música de Jorge. Los ensayos no habían sido fáciles. Porque Alejandra, responsable de su interpretación como solista, no lograba "arrancar" con el valsecito: la imagen sensible, solidaria y tan querida de Daniel, aparecía de pronto. Y el llanto fluía a raudales. Y otra vez "da 'capo", como sugería pacientemente el maestro, que aguantaba, como podía, su propio dolor.

Viajé sobre tus ojos
profundos y tranquilos
por Africa y la India
por Rosario y París.
Y me diste la espada
de Príncipe Valiente
con la que fui Cruzado, Poncho Negro y Tarzán,
fui Daniel en la guerra,

fui canción, fui candil.

Fuiste el tío de siempre
y ahora sos tío Miguel.

Por eso, en "la Manzana", quienes compartían el secreto ambicionaban, íntimamente, que los versos de aquél que había sido arrebatado del cariño de sus compañeros, no se desmoronaran y pudieran echarse a volar en brazos de la ternura, tal cual los había forjado su creador. Pero ese día los dioses estuvieron de parte de Alejandra, y el "Tío Miguel", con el espíritu simple y los rasgos aventureros con que lo pintara Daniel, estremeció a cada uno de los que iban internalizando sus palabras, apretando sus dientes, sin parpadear. Es que una asamblea de acordes armoniosos se daba cita en la histórica casona, allí donde la sombra de los Padres de la Patria tutelaban la rebeldía trovadora, la empecinada vocación de un grupo de jóvenes argentinos. Nada más y nada menos, que la de ser actores de una época que vagabundeaba, entre contradicciones, por el perturbado sendero que salpicaban el ostracismo y la abnegación.

Evocación de don José

Cuando el siglo recién revelaba sus máscaras, "galleguito" de apenas ocho años, soplabas tus miserias en la fábrica de vidrios de "Papini Hnos". Sí, tenías solamente ocho años. De ahí en más, trajinaste "a lo loco" por las calles de la antigua Avellaneda alborotando siestas, riñendo en los potreros, y fuiste madurando con la piel reseca y la panza muy flaca. El trabajo te educó sin miramientos y a destajo, y fue la única escuela que supo de tus congojas y de esa obsesiva manía de aprenderlo todo. Tesonero forjador de realidades, contando para ello con tus manos y la infinita bondad que goteaba por tus ojos, edificaste fantasías, creaste refugios para perseguidos, sufriendo, en silencio, el día que cayó la Madrid del "no pasarán". No obstante, sazonaste conciencias, tu amor por los otros se vistió de barrio, hasta que descubriste un gajo de luz: fue cuando remojaste tus pies en las fuentes de la Plaza de Mayo, aquel día de octubre del '45.

Empujando el horizonte a tu manera, tus amigos te oyeron gritar los goles de Independiente en la "techada", y abrigar a tu mujer, con dulzura, algo más de cincuenta carnavales. Te gustaba caminar con la mano apoyada sobre el hombro de tus hijos, y a los años, después que tu compañera dejó casi vacía la cama de dos plazas, te vimos, con esfuerzo, solazarte con

las rondas domingueras de tus nietos, con quienes pretendías disimular la férrea soledad que tanto lastimaba. De pronto, cuando el '76 partía hacia el ocaso, te perdiste entre el vaho de la nada, desnudo de agravios, porque fue así como habías despertado en aquel caserío de Galicia.

Por eso, ya sin llanto, te aseguro que un flaco locutor de los que tienen en su pulso los "8 - Bailes - 8" y un poeta, con la esperanza aún insomne en la mochila, continúan sintiéndote muy hondo, don José. Como si estuviéramos tomando, sin apuro, el mate compartido en cualquier tarde de aquellas en que el sol estallaba en los geranios. Sentados bajo el parral de nuestro patio, escuchando con alegría los tangos que mamá canturreaba en la cocina. Por supuesto, comprenderás porqué siempre te pensamos a fines de septiembre o, algunas veces, cuando los pájaros regresan en busca de la tibieza de octubre. Es que a un tipo como vos, viejo querido, sólo se lo puede recordar en esa forma: riendo y en primavera.

Carta para las dos

Era una deuda que tenía que saldar. Les debía este diálogo íntimo, un sacudón que, además, sirve de corolario a este rescate parcial de la memoria. Porque parece que fue ayer cuando mamá, embarazada de Alejandra, se acurrucaba contra mí en la cama que, Pocha y Héctor, nos cedieran para que pasáramos allí algunas noches. Huelga bancaria del '59, persecución y zozobra, por un lado; cariño y solidaridad, por el otro. De pronto, como un tumulto inesperado, me atrapan las risas de aquella tarde del '65, cuando buscábamos a Analía y la descubrimos tomando, con una cucharita, el agua del inodoro. Siempre fueron distintas, pero iguales en nuestro corazón. ¿Recuerdan la frase del abuelo Papúm? Las llamaba "la monja y la bataclana". Sin embargo, como la sangre tira, al presentir, más adelante, la insidia que enarbolaban los hechiceros del temor, se obstinaron, del brazo de otros pájaros, en aprender las palabras de la furia y el asco. Y sintieron, en carne propia, el aguijón de la náusea, el agrio sabor que transmite la derrota.

Las he soñado juntas, más allá de las circunstanciales diásporas a que, de tanto en tanto, la vida nos obliga. Juntas como lo fueron en la escuela, el secundario y el profesorado.

Unidas por el legado genético y una común percepción de la sociedad que las cobija. Y así estuvieron, también, en "Lo que vendrá", el grupo vocal surgido de la impronta creadora de Jorge Chanal, que reanimó la lumbre, entre corcheas y semifusas, en los años de plomo. Después llegaron Hugo y el "Colo", para compartir esta especie de socialización de la ternura, nuestra indisoluble vocación de querernos. Y ahora, por si fuera poco, con el agregado de cuatro "locos bajitos" que nos encienden el alma. De esta manera, seguimos invadiendo la casa con amigos, sacralizando, cada rincón, con el canto venturoso de un compañerismo sin agachadas.

Como verán, este rosario de anécdotas que les menciono, es sólo una excusa. Tenía deseos que supieran, por si hacía falta, que ustedes son como yo las imaginé, con calmas previsibles y repentinas borrascas, pero llenas de una autenticidad que no he dejado de admirar. Por eso estas líneas, testimonio de amor que trasciende la frontera de la simple existencia. Para que tiempo arriba, cuando uno ya sea apenas un diapasón de penumbras, comprendan que intenté lo imposible para ayudarlas a crecer, en medio de conflictos y esperanzas, sin aspirar, para ustedes, a ningún otro destino que aquél reservado para nuestro pueblo. Porque es la única felicidad, sin ventajas que ofenden, que nos permite cumplir con el inalterable ciclo humano: nacer, desarrollarnos y morir, con la mirada puesta en nuestros hermanos, los hombres.

Las amo, hijas, no saben cuánto.

Papá

Obras del autor/ Comentarios

• **Poemas del amor militante (1966)**
"En los arrabales furiosos, detrás de la cintura del Riachuelo, en Avellaneda, donde la pasión se reparte y, por supuesto, también juega su hondo papel la poesía, Horacio Ramos creció junto a la pelota mordida y jubilosa, allá, en los baldíos sembrados de soles. Emprende el arduo camino del escritor sin ocultarse, da la cara y se entrega a la violencia que significa el parto".

Alfredo Carlino

• **Nuestro estilo de vida** (antología de cuentos, junto a Julio Bruno, Antonio J. González y Horacio Ortiz/1971)
"Estas prosas de poetas no se subordinan a la poesía; son expresiones de un sobrio realismo no exentas del matiz sugestivo, del ocasional toque insólito, y de las que los rasgos sociales trascienden; en algunos casos la denuncia va implícita en el relato".

Raúl González Tuñón

• **Esta ciudad que amo** (poemas y tangos/1979)
"Por eso estas palabras no son introductorias a tu libro. No necesita de ningún generoso presentador. No hay en él telones que descorrer ni interpretaciones que hacer sobre lo que está reflejado con transparencia, hasta con un enfervorizado testimonio individual. Estás en sangre y pasión, chorreando la tenaz humanidad que no siempre acompaña a los muy formales poemas de estos tiempos".

Antonio J. González

• **Vidalinda de la Adela y el José** (poemas/1ª Ed. 1982, 2ª Ed. 1988)
"Horacio Ramos reivindica, en alto nivel poético, la epopeya del heroísmo cotidiano, la de los combatientes en la lucha por la vida con dignidad y solidaridad, héroes anónimos pero multiplicados que construyen la verdadera historia de los pueblos".

Héctor Negro

• **Los pájaros de octubre** (poemas y canciones/1985 - Faja de Honor de la SADE)
"El lenguaje poético de Horacio Ramos es tan libre como sus 'pájaros de octubre'. Hay una unión indisoluble entre el poeta y el hombre, una identidad que se nutre de un terco sueño de

esperanza, fe en el mañana, en el hombre; una fe contagiosa. En sus textos, no caben adivinanzas ni hermetismos, porque Ramos no escribe para el olvido, sino para la memoria".

Alberto Basta

• **Serenata al sur del Riachuelo** (poemas y canciones/1993 - declarado de "interés municipal" en Avellaneda)
"Este indudable poeta de Avellaneda, sabe cantarle y cantarle desde su más profunda piel, desde las vivencias más sentidas, desde unos ojos que, a través de la infancia, supieron y saben mirar hacia adelante, porque ellos también tienen alas. Una serenata para llevársela en el alma".

Susana Aguirre

"Horacio Ramos se mete en su piel y le canta con un enfoque original, una visión propia y colorida de los acontecimientos. La atmósfera que recrea es de una belleza incuestionable. Todo vale para su verso."

Judith Gómez Bas

• **Antonio "Cholo" García/un dirigente que siempre dio la cara** (esbozo biográfico/1994)
"Horacio Ramos estructura un libro cálido y pleno de enseñanzas para los gremialistas futuros, en el que trata al 'Cholo' con toda la realidad que propone su honestidad intelectual: no lo mitifica, no urde un héroe artificial pero señala, con toda precisión, sus logros en el campo político y sindical y su valentía moral para resistir las acechanzas de la época".

Roberto Díaz

ÍNDICE

Carta al lector..... 5

Entre el amor y la conciencia..... 7

Cuando intentaron matar los sueños..... 15

Un ángel sin cabellos..... 18

Palomas en la plaza..... 23

Pascual..... 25

En busca del horizonte perdido..... 39

Del amor y otras verdades..... 42

Los mártires..... 55

Che..... 57

La guitarra que no calla..... 59

El Gringo..... 64

La huella de Lisandro..... 71

Gallegos..... 82

CCP..... 85

Sinfonía calabresa..... 97

Un largo fin de semana..... 109

De ruiseñores y cuervos..... 118

Evocación de don José..... 124

Carta para las dos..... 126

Obras del autor/comentarios..... 129

Editorial Suburbio

Otros títulos:

Cuatro x Cuatro y de frente / Pedro Otero / relatos autobiográficos.
Muelle de realidades / Antonio J. González / poemas.
Familia de palabras palabras en familia / Dora Ivnisky, Adriana Kreiman y Manael Luna / cuentos y poemas.

En prensa:

Los humanautas y la tempestad / Antonio J. González / poemas.

Debo advertir al lector que tenga cuidado, porque de este libro no podrá salir indemne: le va a revolver el alma. Mi amigo Horacio Ramos, entre otras cosas importantes, es poeta de la vida y la palabra.

Éste no es un texto de historia, política o filosofía; tampoco un poema o una autobiografía. Algo de todo eso y más, está aquí comprometido en carne viva y letra ardiente. Más allá de los amores intransferibles que Horacio siente por sus prójimos, nos invita a sentarnos a su mesa generosa y a compartir sus cálidos recuerdos. No espere encontrar en ellos la nostalgia patética de los viejos militantes derrotados, porque él es un portador de vida insobornable. Nos contará de Eliseo, el curita pobre, "sacerdote hasta el latido final", que en Wilde se empeña en recoger los chicos de la calle. También del "Gringo" Tosco, dirigente fiel a su clase y de Pascual, que "es parte del paisaje" de Sarandí. Nos toparemos con el entrañable Bruno, poeta, escritor y laburante, "que no sabía administrar la amistad" y murió muy joven; con el Che y las Madres de Plaza de Mayo; con el romance de Giuseppe y Balbina; con sus padres y sus hijas; con los compañeros del Centro de Cultura Popular y con tantos otros...

Todos viviendo, luchando, soñando, protagonistas de pequeños o grandes acontecimientos de la historia de Buenos Aires, de Avellaneda, de la patria y del mundo, habitantes por derecho propio de su geografía.

Horacio, ciudadano del suburbio planetario, nos conmueve y nos convoca, como él dice, con "la mirada puesta en nuestros hermanos: los hombres".

Juan Gervasio Paz